EL COYOTE

J. MALLORQUÍ

UN HOMBRE ACOSADO

UN HOMBRE ACOSADO

Por José Mallorqui

CAPITULO PRIMERO

SUS ULTIMAS MONEDAS

Chester Roffío acercó los dedos a su último montón de fichas y los retiró en seguida, como si se hubiera quemado.

Gaylord Trytell no pudo contener una sonrisa que, por un momento, dio una extraña expresión de bondad y simpatía a su duro e inexpresivo rostro de póker.

—No queme sus últimos cartuchos —dijo—. Ya ha perdido bastante.

Chester le miró, entre agresivo y asustado. Con un esfuerzo que no pasó inadvertido para ninguno de los ocupantes de la redonda mesa y que, por tanto, no engañó a nadie, consiguió preguntar, desdeñoso:

—¿Tiene miedo?

Su pregunta provocó muchas risas. Dirigida a otro hombre, semejante interrogación hubiera sido una ofensa; pero acusar de cobarde en el juego a Gaylord Trytell, la mejor baraja de los grandes ríos, era como llamar pequeño a un elefante de seis años.

Trytell acentuó su sonrisa. Luego, displicentemente, mostró sus cartas, a pesar de que aún no se había cerrado la partida.

—¿Con tres ases y dos reyes quiere que tenga miedo, amigo?

Roffío sintió que se le helaba el sudor que bañaba su cuerpo y de cuya existencia no se había dado cuenta hasta entonces.

—No... claro... —murmuró, dejando caer sobre el verde tapete su mísera escalera a la reina.

Trytell le había hecho una limosna al no ganarle los últimos cuarenta dólares; pero Chester estaba tan angustiado por la falta de

dinero, que no tuvo valor para fingirse ofendido.

—Aún puedo recuperarlo todo —pensó, mientras el capitán Noel Lefrére, barajaba los naipes y los servía, empezando por Trytell, que estaba a su derecha.

Trytell tenía, a veces, una manera de jugar impropia de un consumado maestro. Sin mirar su juego, anunció:

—Quien quiera jugar tendrá que depositar a ciegas cien pavos en el pote.

Al mismo tiempo empujó hacia el centro de la mesa una dorada ficha adornada en su centro con un uno y dos ceros.

Roffío cerró los puños y apretó los dientes, mientras los demás jugadores colocaban sus fichas junto a la de Gaylord. Trytell miró interrogadoramente a Chester, como si no se hubiera dado cuenta de que sólo poseía cuarenta dólares. Por fin, comentó:

—Creo que nuestro amigo desea ceder su puesto a otro caballero.

El juego tiene pocas leyes escritas. Existen reglamentos que gobiernan las partidas, indicando el valor de cada jugada. Una pareja vale menos que dos parejas y es la jugada menor. Un repóker, si se juega con el comodín, o una escalera real, es la máxima. Entre la máxima jugada y la mínima, hay otras, todas claramente indicadas. Y nada más; no existe otro reglamento. Sin embargo, los jugadores han establecido una especie de constitución no escrita que se obedece como si la respaldase la Ley del Estado. El jugador tramposo puede ser muerto por su contrario, sin que ningún sheriff ni juez de paz se enfade por ello. Una deuda de juego no recibe apoyo legal alguno, pues los Tribunales no les reconocen validez. Sin embargo, un caballero dejará de pagar una letra aceptada antes que deshonrar su palabra no pagando lo que dejó a deber en la mesa de póker o baccará. Por último, hay otra ley no escrita, relativa al juego, que es rígidamente cumplida: Cuando un jugador, por falta de dinero, no acepta una apuesta a ciegas, truncando así una emocionante partida, su deber es levantarse de la mesa y ceder su lugar a otro. Claro, que nadie le puede forzar a que lo haga; pero sabe que, de no cumplir esa parte de la Ley, aquella será la última partida del día. Sus compañeros darán una excusa cualquiera y se levantarán, dando por terminada la reunión, aunque en seguida se sienten en torno de otra mesa para seguir jugando sin la compañía del que no se supo resignar con su mala suerte.

—Creo que... tendré que marcharme —tartamudeó Roffío, levantándose—. Si alguien quiere sentarse aquí...

Los que esperaban que hubiera un puesto libre en la partida de Trytell eran varios. Gaylord nunca toleraba barajas marcadas, ni trampas de otra clase. Habilísimo en el juego y conocedor de todos los trucos imaginables, descubría en seguida si alguno de sus compañeros pretendía ganar fácilmente, y, con buenas palabras, o utilizando uno de sus *derringers*, se libraba del tramposo. Por ello, en todos los barcos del Ohío, Mississippí o Missouri, su fama era tan sólida como las monedas de oro que utilizaban en el juego.

—Si quiere una partida limpia, vaya a la mesa de Gaylord Trytell —aconsejaban los capitanes a los pasajeros que deseaban sacudirse el tedio del viaje.

Uno de estos pasajeros, que esperaba desde hacía media hora que se desocupara un sitio en aquella mesa, ocupó la silla de Roffío, comentando, burlonamente, mientras miraba por encima del hombro a Chester:

—Debía usted de estar muy nervioso, amigo. La silla está tan helada como si no se hubiera sentado nadie en ella.

—Reserve su buen humor para más adelante, caballero —aconsejó Trytell—. ¿Cuántas fichas quiere?

—Dos mil —replicó el hombre, tirando sobre el tapete un fajo de billetes de cien dólares.

Gylord no hizo nada por recoger los billetes, a pesar de que era el único en la mesa que disponía del suficiente dinero para vender las que necesitaba el jugador.

—Déme fichas —pidió éste.

—Lo siento —respondió Trytell, con su lento hablar—. No quiero expresar ninguna duda acerca del honor que la Tesorería de los Estados Unidos hará a los billetes que imprime; pero es costumbre entre nosotros utilizar sólo monedas de oro. En la Caja le cambiarán esos papeles por las que necesite.

El nuevo jugador enrojeció:

—¡Sudistas! —gruñó—. Por lo visto no les pegamos todo lo fuerte que merecían.

Gaylord le miró inexpresivamente.

—Nos está usted haciendo perder tiempo, caballero —dijo—. Si no quiere jugar, deje su sitio a otro.

El capitán Lefrére intervino para evitar que en el salón de juego del «Marie-Belle» se riñera el epílogo de Appomattox.

—Yo le cambiaré, de momento— dijo—. Mil ochocientos dólares oro por dos mil plata papel.

Tendió las monedas al nuevo jugador. En seguida llamó a un camarero de los que iban sirviendo julepes de menta o whiskies dobles a los viajeros, y le dio los billetes, ordenando:

—Cámbialos por oro en la caja.

Chester Roffío había aguardado, detrás de la silla que ocupara hasta entonces, el resultado de la partida en que no había podido tomar parte. Cuando su sustituto cogió las cartas y las miró, casi gritó de ira.

—¡Tres reinas!

Lo dijo mentalmente; pero sus ojos lo comunicaron a Trytell, que le observaba.

En una jugada a ciegas, un trío de dadas es dinero en mano. El nuevo contendiente lo sabía, y por ello anunció:

—Si quieren jugar tiene que ser doscientos.

Cogió las fichas que le entregaba Gaylord y dejó dos de cien dólares en el centro.

Los demás aceptaron a regañadientes, mientras Roffío, que no se resignaba a admitir que estaba derrotado, maldecía a Trytell por haberle echado de la mesa precisamente cuando su suerte iba a cambiar.

Los jugadores se libraron de las cartas que no les servían, y cada uno pidió las que necesitaba. El nuevo, en vez de tirar dos y descubrir que tenía un trío, pidió sólo una, reservándose, además de las reinas, una sota. Roffío le hubiese querido decir que era una tontería desaprovechar la oportunidad de formar un póker. Para quien, como Trytell, había hecho un acabado estudio de las expresiones del rostro,

la de Roffío era un libro abierto. Y, más que un libro, un espejo en el cual se reflejaban las cartas que el otro jugador tenía entre sus dedos.

Cuando el nuevo cogió otra sota y, sin prestar más atención a las cartas, las dejó boca abajo ante él, Trytell musitó para sí:

—Ha conseguido un full.

Porque Roffío había expresado asombro ante la buena suerte del otro jugador, pero no la irritación que le hubiera producido ver que, jugando tan mal, el hombre formaba un póker.

Trytell aumentó en cincuenta dólares la puesta. El nuevo la aumentó en cien más. A los pocos segundos la lucha quedó entablada entre el profesional y el viajero. Uno pujaba de cincuenta en cincuenta. El otro de cien en cien, sin que ninguno demostrase alegría o inquietud.

Gaylord, más prudente, fue quien puso fin a la monótona puja.

—Veo —dijo, aceptando la última subida de su contrario.

Dejó sus cartas sobre la mesa y, con la yema de uno de sus flexibles dedos, las extendió en abanico.

—*Full* de reyes y ases —anunció el capitán Lefrére.

El nuevo jugador contestó indirecta, pero significativamente.

—Camarero —llamó—. Cámbieme otros tres mil dólares en billetes.

Roffío se apartó de la mesa. La mala suerte de su sucesor le alegraba como si él hubiera sido el beneficiario de aquella adversidad. Salió al puente del barco y apoyóse en la baranda de roble. Oíase el jadear de la máquina de vapor que movía la gran rueda a paletas que desde la popa impulsaba, agua arriba, al «Marie-Belle». También se oían los golpes de las paletas en el río, el roce del aplastado casco contra las fangosas aguas que se abrían ante la proa del barco, al que luego orlaban con sucia espuma.

Muy lejos, a la luz de la luna, divisó los cañaverales de la orilla. De cuando en cuando cruzaba ante él un banco de arena que asomaba en el centro de la corriente su arqueado y oscuro lomo, contra el que habían encallado, cuando la última avenida, árboles y arbustos. Algunos, hallando propicio el terreno, continuaron allí su interrumpida existencia terrestre. Tenían hojas y ramas nuevas, y si el

río se lo permitía, iniciarían una vida de robinsones vegetales, dando origen a un nuevo islote que con el tiempo se llenaría de verdor, como tantos otros, hasta que una nueva y más fuerte crecida lo arrollase todo.

Roffío se comparó a uno de aquellos árboles a quienes el río arrancó un día del campo o huerto en que vivían. También a él las turbulentas aguas del río de la vida lo llevaron hacia el mar de la perdición. También él hubiera querido encontrar, aunque no fuese más, un islote de fango en el cual hundir sus raíces para seguir una precaria pero honrada existencia. No pudo ser. La fuerza de la corriente era demasiado grande. Ahora ya estaba en el mar, donde no puede vivir nada que pertenezca a la tierra. Estaba perdido.

Pero ¿lo estaba del todo? ¿No quedaba ninguna posibilidad?

—Puede que aún me quede una esperanza —murmuró—. Si les vendiera el retrato... Me lo han pedido muchas veces. Es la única prueba.

Otra voz interior le previno:

—Si les entregas el retrato se desharán de ti sin escrúpulos. Son capaces de todo. Sabes demasiado. Sólo los muertos no pueden hablar. Aunque les repugnase cometer un crimen tendrían que matarte para poder dormir tranquilos. Vive como puedas los tres próximos meses y entonces volverás a tener dinero. No quieras matar la gallina de los huevos de oro.

Mas ¿cómo vivir tres meses con sólo cuarenta dólares? Le perseguía una racha de mala suerte. Debía tenerlo en cuenta. Cuando un hombre se mete en un fangal, debe andar con tiento si no desea hundirse y morir en él. Debatiéndose histéricamente no conseguirá nada, excepto empeorar su situación. Es como en el póker. La suerte viene a rachas. Tanto la buena como la mala. Se puede formar un póker conservando un solo as, y, a veces, con tres ases en la mano es imposible reunir el que falta o las dos cartas iguales que se necesitan para un full.

Sacó un cigarro y lo quiso encender. El viento apagó las cerillas una tras otra. Roffío tiró la caja al agua y hubiera hecho lo mismo con el cigarro, de no recordar que tal vez fuese el último buen cigarro que fumaría en tres meses.

Pensó en volver a la sala y probar con los dados. Quizá así recobrase los mil quinientos dólares perdidos en la mesa de póker. No se decidió a hacerlo porque le faltaba confianza, es decir, seguridad en

el triunfo. En el juego sólo gana el que no da importancia a ganar o perder, o aquel que, seguro del éxito, juega sin aceptar la idea de una posible mala suerte. El que juega porque necesita ganar, pierde siempre.

Los pensamientos de Roffío fueron hacia Trytell. El virginiano, antiguo coronel de la caballería confederada, era de los que no dan importancia a la victoria o la derrota, porque están seguros de sí mismos. Roffío le recordaba en Gettysburgs, regresando a las líneas del Sur, erguido en su montura, desafiando la metralla que los del Norte lanzaban sobre los derrotados jinetes de Pickett, después del fracaso de la inmortal carga, fracaso que decidió la batalla. Otros quisieron hurtar su cuerpo a la muerte pegándose a sus caballos o buscando en el suelo un refugio contra las balas. Algunos se salvaron; la mayoría, no. Trytell llegó a las líneas amigas, desmontó, entregando su caballo al propio Roffío. Su único comentario fue:

—Sus cartas eran mejores que las nuestras.

Roffío dejó de recordar cosas pasadas. Tenía la impresión de que alguien le estaba observando y de no hallarse solo en la cubierta de paseo. Volvióse bruscamente, con la mano en la culata de su revólver. No vio a nadie. Sólo algunas sombras; pero quizá se tratase de jirones de niebla. El «Marie-Belle» había entrado en un área neblinosa y ya no se veía ni la orilla ni los islotes. La sirena mugía sordamente. El humo que brotaba de las dos chimeneas era abatido sobre el puente al no poder atravesar la capa de bajísimas nubes. Roffío sintió miedo. Desde hacía más de siete años, cuando descubrió el secreto, el miedo no le abandonaba nunca. Siempre estaba junto a él, amargándole los momentos buenos con la amenaza de que tal vez fuesen los últimos de su vida, y haciendo peores sus malos tragos con la advertencia de que aún podían ser peores.

Entró en el barco. Las lámparas de petróleo estaban nimbadas por los jirones de niebla que entraba por las rendijas de las puertas. La luz, antes brillante, habíase hecho mortecina. Roffío quiso correr hacia su camarote, volviendo de cuando en cuando la cabeza por si alguien le seguía. Creía oír pasos, y no se daba cuenta de que la ligera vibración que notaba en el suelo no era más que el eco del latido de las máquinas. Estaba seguro de que le seguían para matarle.

Al doblar un recodo del pasillo, su mismo miedo le dio valor. Había allí un hueco en la pared. En él se guardaban las sillas plegables, mas ahora estaba vacío. Era un buen sitio para esperar y convencerse de si le seguían o no. Y si alguen pretendía atacarle...

Mugió la sirena. Comenzó a sonar una campana de aviso de cualquier otra embarcación que descendía por el Mississippí. Las máquinas jadeaban con más fuerza, como si la niebla fuese un obstáculo sólido al que hubiera que vencer haciendo un derroche de energía. Chester estaba seguro de que nadie oiría el ruido de una detonación. Luego las aguas del río encargaríanse de que desapareciera la prueba del crimen.

Roffío asombróse de ser capaz de pensar en matar a un hombre. Se sintió orgulloso de su valor: al fin y al cabo, el tenerlo era una cosa nueva en él.

Pasaron los segundos y luego los minutos. Nadie llegó por el camino que él había seguido hasta alcanzar aquel escondite. Asomó la cabeza y no vio a nadie. A su izquierda el corredor era un pozo invadido por la niebla, en la cual brillaban las amarillas estrellas de las oscilantes lámparas.

Al retirar la cabeza oyó, a la derecha, el batir de una puerta y luego unos pasos.

Temiendo que el ataque llegara de otro lado, se ocultó más en el hueco.

Los pasos se fueron acercando. Roffío sintió que la mano con que empuñaba su *Smith & Wesson* se inundaba de sudor. Empezó a temblar y tuvo que morderse los labios para que el castañeteo de sus dientes no denunciara su escondite.

Apretándose contra la pared y con los ojos dilatados por el miedo, vio pasar, por fin, ante él, a un hombre.

¡Trytell! ¡Gaylord Trytell!

El nombre resonó en su cerebro. El alivio le hizo sentir unas irreprimibles ansias de reír y de llorar. Y también de correr en pos del afortunado jugador para explicarle que le había creído su enemigo.

Sin darse cuenta de cómo lo había hecho, se encontró de nuevo en el corredor. Seguía a Trytell, obedeciendo a su estúpido deseo.

Se detuvo. ¡Estaba loco! Gaylord Trytell se reiría de él o, creyéndole un posible ladrón, acaso le dispararía con su *derringer*.

¿Un ladrón?

Roffío secóse la frente con el dorso de la mano izquierda.

¿Un ladrón? ¿Y por qué no? Incluso, ¿por qué no un asesino? Si había estado dispuesto a matar por salvar su vida, ¿por qué no aprovechaba aquella reacción heroica de la que nunca se había creído capaz? Trytell llevaba siempre mucho dinero encima. Nunca menos de diez mil dólares. Y aquella noche llevaría más. Era la solución de sus apuros económicos. Le mataría. Luego, aprovechando la niebla, lanzaría el cadáver al río. Nadie podría probar nada, sobre todo si era prudente y no mostraba su botín antes de tiempo. Seguiría en el barco hasta Memphis. Nada de desembarcar en seguida.

Mientras pensaba había seguido caminando, procurando que sus pies fuesen suaves como plumas. Gaylord Trytell se dirigía a su camarote. Debía atacarle cuando lo abriese. En cuanto oyese girar la llave en la cerradura le golpearía con la culata de su revólver. El cuerpo del jugador, al caer, abriría por su propio peso la puerta, desplomándose en el centro de su camarote. El entraría y... Sobraba tiempo para actuar con eficacia.

Caminaba sobre las puntas de los pies, cada vez más próximo a Trytell. Cuando éste se detuviera, le alcanzaría en tres zancadas y...

Había cogido el revólver por el cañón, pero era tanto el sudor de su mano que el arma se le escurría de entre los dedos. El punto de mira era lo único que la impedía caer.

Trytell se había detenido ya. Roffío le oyó meter la llave en la cerradura. ¡Había llegado el momento!

Ya estaba casi encima de él, cuando la fría voz del jugador resonó en el pasillo.

—Hola, Chester. Entra en el camarote y hablaremos. A ver si llegamos a un acuerdo.

Roffío sintióse detenido como por un muro de piedra contra el que su cuerpo y su voluntad hubieran chocado violentamente.

—S... sí —consiguió decir—. Tengo algo importante que decirle.

Trytell, de espaldas, mirando a Roffío por encima de su *derringer*, entró en el camarote. El otro le siguió mansamente, como si sus manos estuvieran vacías. Cuando hubo cerrado, Trytell le ordenó.

—Deja ese revólver encima de la mesa.

Fuera, en el pasillo, una sombra humana avanzó pegada a la pared. Llegó hasta el camarote y se inclinó para oír a través de la cerradura. Dentro habían corrido la cortina que ocultaba la puerta; ningún sonido normal era capaz de atravesar aquel doble obstáculo. También estaba corrida la cortina de terciopelo que cubría la ventana.

El espía, durante unos minutos, intentó oír algo. No lo consiguió. Y como oyera acercarse otros pasos, siguió pasillo adelante hasta otro departamento, en el cual entró, dejando entreabierta su puerta para observar, desde allí, el camarote del jugador.

CAPITULO II

POR UNA VIEJA AMISTAD

Gaylord Trytell cogió el *Smith & Wesson* de Roffío y abriéndolo dejó caer en la escupidera de latón los seis cartuchos que llenaban el cilindro. Hecho esto devolvió el revólver a su dueño, mientras él guardaba bajo el sobaco su *derringer*.

—¿Quieres un trago de whisky de Kentucky? — preguntó—. Lo necesitas.

Del armario ropero sacó una botella de Old Pepper y llenó hasta la mitad un cubilete de plata de los usados para los julepes.

—Toma —dijo, tendiéndoselo al aterrado Roffío.

El hombre lo aceptó. Al llevárselo a los labios, el metal tintineó contra sus dientes.

Trytell, de espaldas contra el armario, le observaba como si tuviera ante él un objeto curioso con el cual no supiera aún qué hacer.

—¿Quieres más? —preguntó cuando Roffío terminó el licor.

—N... no. Gracias. Usted... Quisiera explicarle...

—No te molestes en explicar lo que está demasiado claro —respondió el jugador—. Querías robarme —le miró con fijeza unos segundos—. ¿Sólo robarme? ¿No pensabas, también, en matarme?

Roffío no se atrevió a negarlo.

—Mal camino sigues, Chester —suspiró Trytell—. Si antes no te matan de un tiro acabarás bailando al extremo de una cuerda. ¿Por qué ibas a hacer eso? ¿Sólo porque has perdido más de lo que podías perder?

—Tuve un mal momento, coronel.

—No hace falta que me recuerdes que nos conocemos —reprendió Trytell—. Yo nunca olvido una cara que haya visto durante más de un minuto; sin embargo, mientras jugábamos, te traté como si fueses un desconocido. La última vez que nos vimos antes de esta noche tú eras un soldado. Por eso me ha extrañado verte hoy con mil dólares y pico en el bolsillo. No te preguntaré cómo has podido ganar tanto dinero. No creo que haya sido trabajando, porque los hombres que ganan mil dólares honradamente no suelen ir a jugárselos a tontas y a locas.

—Yo le explicaré...

—No te molestes. Me contarías muchas mentiras. Además, no me importa tu vida. Quiero decir, que no me importaría matarte. Bastaría mi palabra para demostrar que lo hice en defensa propia.

Roffío inclinó la cabeza. Parecía un perro viejo, inútil para todo, incluso para comer, que se resigna a que su amo le pegue el tiro que librará a la casa de una carga inútil.

—Pero no te mataré —dijo Trytell—. Al fin y al cabo, hubo un tiempo en que luchaste por una noble causa. He visto a muchos amigos mejores que tú caídos tan bajo como tú mismo. Los golpes de la desgracia endurecen a los que somos duros, aunque a veces también nos parten. A los que sois de plomo, os aplastan. Si hubiésemos vencido, quizá tú fueses hoy una persona decente. En cuanto a mí, no hubiera dejado de ser un caballero. Aunque también cabe dentro de lo posible que yo fuese lo que soy y a ti te hubieran ahorcado por ladrón o asesino. Pero ambos nos acogeremos al beneficio de la duda. ¿Podías perder tu dinero?

Roffío seguía con la vista fija en el entarimado.

—¿Sí o no? ¡Responde! —insistió el jugador.

—No —musitó el otro.

—¿Qué harás si te lo devuelvo?

—Seré un hombre honrado.

—Eso quiere decir que te lo jugarás de nuevo, ¿no?

—No, mi coronel, no ¡Le juro que...!

—¿Qué? —preguntó Trytell, irónicamente—. ¿Qué ibas a jurar?

—No sé... Quisiera poder volver atrás. No es fácil vivir honradamente. Usted no sabe...

—¿Crees que yo no sé vivir honradamente?

—¡No, no!, ¡Por Dios, mi coronel!, —Roffío hablaba con gran rapidez—. Yo no he querido decir eso... Trataba de explicarle que a un árbol de los que crecen junto al río, y al que un día las aguas se llevan hacia el mar, no le es posible volver atrás.

—¡Bonita frase! No esperaba oírla en tus labios. Sigue. Siempre se aprende algo oyendo hablar a la gente.

—Después de la guerra fui como un árbol desarraigado. Por circunstancias muy largas de contar, conseguí algo. Fue como si encallase en una isleta del río. Uno de esos bancos de barro. Quise echar raíces en él; pero... no pude. Otra vez el agua me arrastró...

—Un poco de poesía está bien —interrumpió Trytell—; pero no abuses de ella. Quieres decir que fuiste cometiendo pequeñas canalladas y cada vez te hundiste más, ¿no es eso?

—Algo así. Pero le juro que nunca hice daño a nadie. Por lo menos no lo hice directamente. Indirectamente... sí. Pero la persona a quien perjudiqué no se ha dado cuenta de nada. No sabe que por mi culpa no es tan feliz como debiera. Ahora quiero rectificar mis errores... si usted me deja hacerlo.

Llevándose un fino pañuelo de batista a los labios, Gaylord Trytell ahogó un bostezo.

—No creo en el arrepentimiento de los lobos, Chester. Tú eres un parro, mas un día te echaste al monte y retornaste a tu estado salvaje; no volverás nunca a ser un buen perro. Pero no quiero que el día del Juicio Final puedas presentar ante el Supremo Juez la excusa de que si no te regeneraste fue porque Gaylord Trytell, antiguo señor de la hacienda Veinte Robles, en Virginia, luego coronel de la Caballería confederada y, por fin, jugador profesional en el Mississippí y otros ríos, no te dio la mano a tiempo. ¿Cuánto tenías al empezar la partida?

—Cuando embarqué en Nueva Orleans, mil quinientos dólares. Pagué cincuenta por el viaje y gasté diez en tomar unas copas. En este momento me quedan cuarenta...

—No te molestes y no me obligues a contar. Toma mil quinientos dólares en billetes federales. ¿O acaso los tenías en oro?

—No, mi coronel. Me los dieron en billetes...

—Pues aquí están. Desembarca en Natchez. Sigue tu viaje en otro barco; pero no olvides que si alguna vez te encuentro sentado a una mesa de juego te mataré a latigazos.

—Le prometo que no lo haré —sollozó Roffío, tratando de besar las manos de su bienhechor.

—Este apartó las manos, diciendo:

—Ahórrate el melodrama... Me aburre.

—Sin embargo, yo le juro que me regeneraré. Y nunca olvidaré el bien que me ha hecho. Pudo haberme matado y... y... Le prometo que no lo olvidaré.

—Vete y no hables tanto —ordenó Trytell—. Ya verás lo fácil que resulta olvidar este favor y hasta odiarme a muerte por él.

—Eso no...

—Eso sí, Chester. El ejército de mis enemigos fue reclutado exclusivamente entre aquellos a quienes más favores hice. Te darás cuenta de ello el día que te alistes en esas fuerzas; pero, no te preocupes. Me divierte estudiar esa característica humana. Si tú fueras una excepción, casi me fastidiarías al obligarme a pensar que tal vez existen excepciones entre los gusanos que se arrastran por la corteza terrestre. Adiós.

—Le aseguro que recordaré siempre el favor que me hace.

—Lo creo, Chester; pero tengo mis dudas acerca de cómo lo recordarás.

Ya en el corredor, y sosteniendo aún en la mano los billetes, Roffío insistió.

—Cuando tenga usted las pruebas, se convencerá de que no le he engañado.

—Está bien, hombre... —replicó Trytell—. Si es así, consideraré que he hecho un buen negocio al darte eso. Adiós.

—Adiós, mi coronel.

Roffío quedó solo en el pasillo. Le costaba creer en su buena suerte. Maquinalmente empezó a contar el dinero. De nuevo le asaltó la impresión de que alguien le observaba. Al volverse hacia el sitio de donde le llegaba aquella impresión, le pareció que la puerta de uno de los camarotes se cerraba muy despacio.

—Acabaré viendo visiones... —se dijo.

Encaminóse hacia su camarote. Una vez en él se encerró con llave. Había rehecho su situación económica, pero su equilibrio mental no se había afirmado. Tenía que hacer algo más. Mientras siguiera despreciándose a sí mismo no podía aspirar a que los demás le considerasen igual a ellos.

—Por lo menos puedo dejar de ser cómplice en esta maldita trama —se dijo. Y agregó—: Es mejor volver a Nueva Orleans.

A las diez de la mañana siguiente, cuando el «Marie-Belle» atracó junto al muelle de Natchez, construido sobre grandes troncos clavados en el lecho del río, dos hombres saltaron a tierra. Primero lo hizo Chester Roffío. A los pocos momentos le siguió el viajero que se había inscrito bajo el vulgar nombre de John Smith, y que, según su propia declaración, era viajante de comercio, especializado en la venta de licores. Al embarcar había indicado la posibilidad de tener que detenerse en alguna de las poblaciones ribereñas, y su billete le facultaba para seguir su viaje en cualquier otro de los vapores fluviales.

Por eso nadie se extrañó de su partida, ni la relacionó con la más extraña e inexplicable de Chester Roffío.

Este se informó en la oficina de los vapores de las próximas partidas hacia Nueva Orleans. El «Missouri-Belle», procedente de Cairo, estaba al llegar, según anunciaba la estafeta telegráfica de Ferriday. Había plazas libres, pues algunos viajeros se quedarían en Natchez y, por tanto, Roffío podría regresar a Nueva Orleans.

No fue el único en tomar pasaje hacia la famosa capital del Mississipí. El señor John Smith también lo hizo; pero Chester Roffío no prestó atención a un hombre tan vulgar que usaba un nombre y apellido no menos vulgares.

E hizo mal en no fijarse, porque antes de poco tiempo tendría que arrepentirse de ello.

CAPITULO III

BARRIO VIEJO

Nueva Orleans ponía nervioso a Chester. Hubiera estado mejor decir que le asustaba. No se avergonzaba de este sentimiento, pues había oído a muchos decir que también a ellos les escalofriaba un poco la Babilonia del Delta, como la llamaban los literatos y los predicadores anglicanos que, a las puertas de los garitos, trataban de salvar almas perdidas.

Si para unos la ciudad era un infierno, para otros (¡gran relatividad de las cosas!) era un paraíso.

El «Missouri-Belle» atracó en el muelle, frente al mercado francés en el Barrio Viejo, a la vista de las torres de la catedral de San Luis. En seguida, una oleada de negros estibadores inundó el vapor, descargándolo en un santiamén de las mercancías que traía consignadas a la ciudad. Quienes acusan a los negros de ser poco activos, deberían haberlos visto en aquella época, cuando ya no eran esclavos y la cantidad de alimento y ron que metieran en sus estómagos dependían exclusivamente de la actividad que desarrollasen y no, como antes, en los malos tiempos, durante los cuales, tanto si trabajaban como si no, tenían el alimento asegurado. La única ventaja obtenida, según reconocían los propios interesados, era la del ron. En los viejos tiempos, el licor estaba prohibido durante trescientos sesenta y cuatro días al año. Sólo una vez se les daba, y en muy poca cantidad. El ron era malo para los negros, y los negros costaban caros. Más que un caballo. Incluso más que tres caballos. Con la emancipación, los negros dejaron de ser caros y se convirtieron en buenos clientes de las tabernas, a los que era fácil explotar.

Roffío desembarcó por entre los sudorosos y mal olientes descargadores, procurando no tropezar con los fardos y cajas que transportaban. Era media tarde y caía el agua a torrentes. Chester llegó a la plaza de Jackson y fue a refugiarse bajo uno de los arcos de entrada a la catedral de San Luis, lugar que ya ocupaban otros fugitivos de la lluvia. Dos de ellos se distinguían por su elegancia y distinción, ya que no por el idioma que hablaban, puesto que el

español era tan corriente en Nueva Orleans como el inglés y el francés. Tratábase de un hombre, aún joven, y una mujer que no había dejado de ser hermosa. Ella no conocía la ciudad y él procuraba enseñarle lo poco que dejaba ver la cortina de agua:

—Esta iglesia la levantó un compatriota. Don Andrés Almonaster y Rojas. Aunque murió hace más de setenta años, todos los sábados por la mañana se celebra una misa en su memoria. A la derecha, tenemos el Cabildo, donde estuvieron los gobernantes españoles mientras fueron dueños de la ciudad. Y allí tienes la casa Pontalba, levantada hace veinte años por la baronesa de Pontalba, hija de don Andrés de Almonaster. Ahí vive la aristocracia. La sangre más limpia de esta ciudad, de la cual se dice que tiene la más sucia sangre del mundo. Como verías, si en vez de llover luciera el sol, la casa Pontalba tiene tanto carácter como fealdad. Pero el mal gusto de hoy puede ser considerado buen gusto mañana, Lupita. Por tanto, cuando hables de esa casa, di, solamente, que es muy notable. Incluso puedes agregar que es notable en muchos sentidos. Habla de sus balcones de hierro colado y, si no hay ningún español cerca que te pueda contradecir, añade que tiene un claro sello español, que acusa la nacionalidad de su constuctora. Cuando los españoles la ocuparon, Nueva Orleans era un conglomerado de chozas. Ellos la transformaron en una ciudad maravillosa; pero la fama se la llevan los franceses, que no hicieron absolutamente nada. Nueva Orleans es tan española como La Habana.

—No me gustaría vivir en esa casa, César —replicó la mujer—. Puede que sea refugio de la aristocracia; pero a mí me produce el efecto de una cárcel. ¡Cuánto hierro!

—En Nueva Orleans no hay piedra. Y como costaba lo mismo traer ladrillos que hierro, pensaron que el hierro duraría más. Te aseguro que se considera un honor alquilar un piso en la casa Pontalba. Los dueños, antes de alquilártelo, exigen que les lleves, en una maceta, tu árbol genealógico; y como descubran algún injerto, no te admiten como inquilino.

Roffío sintió deseos de intervenir en la conversación de los forasteros para explicarles que en uno de aquellos pisos vivía alguien que era peor que un injerto en un noble árbol; pero no valía la pena. No le entenderían y si les explicaba el sentido de sus palabras se haría demasiado tarde. Tenía mucho que hacer. De ser posible, deseaba salir de la casa Pontalba cuando aún circulase gente por las calles.

Afrontando la lluvia, abandonó su refugio y cruzó la plaza en dirección a las rejas que separaban la casa Pontalba de la Plaza de

Jackson.

—En todas partes se ven hombres valientes —observó don César, indicando con un movimiento de cabeza a Roffío.

Guadalupe comentó:

—No sé si el ambiente me hace ver lo que no es; pero ese hombre me dio la impresión de un ser siniestro. Nos miraba como si fuésemos sus enemigos.

—Tal vez temía que fuésemos, realmente, enemigos suyos. En una ciudad como ésta no se sabe nunca dónde se tiene al amigo y dónde al enemigo,

—Me gustaría saber por qué me has traído a Nueva Orleans —comentó Guadalupe—. ¿Por qué me has traído a mí y no trajiste a César?

—Es muy joven y la ciudad está llena de peligrosos atractivos. Un padre ha de velar por su hijo.

—Creo que persigues una aventura.

—No quiero imaginar que sospeches de ninguna mujer.

—¿Hacia dónde ha ido Analupe?

—¿Celosa?

—No me faltan motivos. ¿No habrá venido a Nueva Orleans?

—Creo que pensaba dirigirse a Panamá.

—¿Y tú no tenías intención de llevarme a Panamá, cruzar el istmo y embarcar hacia Los Angeles?

—Pensaba hacer algo así. Pero no debes tener celos de la luna. Tú eres mi sol.

—Puede qué sí —replicó Guadalupe—. El sol es muy útil: hace crecer las plantas, madura los trigos y hace sudar. Útil a ratos y molesto, también. En cambio, la luna, ¡es tan romántica! No sirve para nada, pero da gusto contemplarla.

—Don Andrés se asombrará al ver que hemos cruzado el continente para venir a discutir del sol y de la luna a la puerta de la iglesia que

construyó hace casi un siglo.

—Me gustaría ver lo que él puede ver ahora —replicó Guadalupe —. Quizá te pegara un par de cachetes.

—Tendrías que pegártelos a ti. ¿No comprendes que si hemos venido ha sido exclusivamente para huir de las aventuras y a fin de que veas un poco más de mundo? Una mujer tan rica como tú debiera viajar más.

—Me hablaste de Nueva Orleans como de una ciudad romántica. Y me he encontrado con una ciudad grande, llena de mosquitos, donde llueve barro y el calor resulta insoportable, a pesar de la lluvia.

—Esta noche verás más cosas. Te llevaré a los tugurios más horribles, donde se bailan danzas africanas y se invocan fantasmas. En Nueva Orleans hay muchos fantasmas. En una casa vi una vez a dos soldados yanquis cantando el Himno Guerrero de la Revolución.

—Serían dos borrachos.

—En la calle de San Pedro hay un edificio por cuyas galerías ronda el espectro de un dentista al que ahorcaron hace veinte años por haber dado muerte a una jovencita de la que estaba enamorado.

—Por favor, César, dime la verdad. ¿A qué viniste a Nueva Orleans? ¿Por qué, apenas llegados, quisiste venir a esta plaza y a esta iglesia?

Don César se echó a reír.

—Ya sé que no me creerás; pero te aseguro que vine porque Nueva Orleans me ha atraído siempre. Es la ciudad con más carácter de los Estados Unidos. Franceses, españoles, ingleses y yanquis han dejado aquí su sello. Nunca será completamente norteamericana; pero tampoco es francesa, española ni inglesa. Tiene de todos un poco. Boston es puritana. Nueva York es yanqui pura. Los Angeles es española, a pesar de que los descendientes de los españoles somos cada vez menos... Nueva Orleans es una mezcla de los defectos de cuatro razas. Los franceses la hicieron alegre y cada nuevo conquistador trajo a ella su característica alegría.

—O sea, sus vicios.

—Ahí viene nuestro coche—anunció don César, señalando el carruaje que se acercaba a la iglesia—. Nos mojaremos un poco. —

Muy oportuno —sonrió Lupe—. ¿En qué piensas hace rato? Has hablado como si tu cerebro estuviese en una parte y tu cuerpo en otra.

—Pensaba en ese hombre que ha cruzado la calle en dirección a la casa Pontalba. En una tarde como esta, lloviendo a torrentes, no es lógico que una persona se desvíe de su camino para pasar unos minutos en el atrio de una iglesia en vez de ir directamente a su destino. Creo que le daba miedo entrar en el edificio y se ha detenido para reunir el valor necesario. Luego, en la puerta, ha vuelto a detenerse. He llegado a creer que sólo la utilizaba como refugio momentáneo; pero al fin subió. Lo más curioso es que otro hombre que no le tenía miedo a la lluvia, se ha estado mojando junto a la verja del Cabildo, para seguir luego a nuestro compañero hasta la casa Pontalba. No me sorprendería que esta noche, en cualquier callejón, se encontrase un cuerpo cosido a puñaladas.

Lupe fue a decir algo; pero su marido la cogió de un brazo y la empujó hacia el coche, que se había detenido a pocos metros de ellos. Sin embargo, Lupe no estaba dispuesta a que se la dejase con la palabra en los labios.

—¿De veras que no tienes nada que ver con ese hombre? —preguntó, dentro ya del coche—. ¿No me habrás traído para que te sirva de encubridora?

—¿Encubridora? —preguntó don César, después de dar al cochero la orden de regresar al hotel.

—Sí. —En voz baja, Lupe agregó: —¿Quién podría sospechar que eres el «Coyote» viéndote al lado de una mujer?

—Nadie, claro está —rió don César—. Eres demasiado sagaz.

—Entonces... ¿persigues a alguien?

—Sí. A la aventura.

—Creo que esa señora está demasiado enamorada de ti para que te veas obligado a perseguirla. Si no te importa, por mí ya he visto Nueva Orleans. Mañana seguiremos el viaje; pero no hacia Panamá. —¿Tienes miedo?

—Quien evita la ocasión evita el peligro. Además, tengo muchos deseos de viajar en uno de esos barcos fluviales. Dicen que es lo único romántico que nos queda.

—Los barcos del Mississippí y el «Coyote», pero, también, el «*Restaurante Antoine*».—corrigió don César.

Mientras hablaba, su mirada estaba fija en uno de los iluminados balcones de la casa Pontalba.

CAPITULO IV

EN LA MANSIÓN PONTALBA

Pesadas cortinas de terciopelo granate, colgando de recargadas galerías de roble y recogidas por gruesos cordones de seda roja. Sólidos sillones de caoba, forrados de peluche grana. Una consola imperio, coronada por un gigantesco espejo. En el centro de la estancia, una mesa de vago estilo, cubierta por un tapete de encaje, y encima de ella una maceta con anchas hojas verdes. En las paredes tres espejos más, cubiertos con tules para protegerlos de las moscas. En los espacios libres se veía la pared cubierta de damasco rojo y éste, a su vez, casi oculto por abanicos de nácar, marfil, concha y sándalo, cuadritos con pájaros orientales pintados sobre seda, colecciones de fotografías y daguerrotipos, algunas marinas hechas con mejor voluntad que arte. En dos de los rincones, macetas con pequeñas palmeras. En los otros dos, rinconeras coronadas por jarrones de porcelana china y cuyos otros estantes aparecían llenos de múltiples y polícromas conchas y caracolas marinas, todas de procedencia oriental. Sobre el mármol de la consola algunos puñales malayos, elefantitos de ébano, pistolas antiguas adornadas con incrustaciones de plata y oro, caracolas mayores, en cuyas profundidades se guardaban, todavía, los ecos de lejanas resacas. En el suelo, una gruesa alfombra persa, de las destinadas, con el tiempo, a ser ejemplares de museo, y, pendiente del techo, una lámpara de bronce y cristal encarnado que acentuaba el tono grana de la estancia.

En conjunto, una sala vulgar, copia de otras mil en Nueva Orleans y de varios millones más repartidas por América y Europa. Años más tarde se las llamaría estancias victorianas, como si la reina de Inglaterra hubiera sido su inventora. En realidad, era una moda surgida espontáneamente y seguida, en Londres, por la soberana inglesa. Ni los puñales ni las pistolas conseguían dar aspecto peligroso a tales aposentos. Aquél tampoco lo tenía. Era, como sus hermanos, representante del mal gusto de la gente de dinero. Lo único que se

echaba de menos era el piano; pero cabía la posibilidad de que la vivienda tuviera su sala de música.

Chester Roffío paseaba nerviosamente de un lado a otro de la estancia, esquivando los obstáculo que la convertían en pequeño laberinto. Para él, ni la burguesa sala, ni la criada de cofia de encaje y largo delantal blanco sobre el negro uniforme, ni la casa, tenían el mismo aspecto que tendría para un observador que no conociese la verdad que se ocultaba detrás de todo aquello. El salón le parecía tétrico y amenazador, y no por las armas, precisamente...

—¿Qué quieres, Chester? —preguntó una voz femenina desde la puerta de cristales, que se había abierto sin hacer ruido.

La mujer acabó de entrar y cerró tras ella, corriendo, luego, las cortinas. De unos cuarenta años bien disimulados, alta, amplia de busto y caderas, en su bello rostro se advertía una expresión de dureza y, hasta para quien no conociera su tormentosa juventud, huellas de un pasado nada apacible.

—Le extrañará mi presencia, ¿verdad? —preguntó Roffío.

—No perdamos el tiempo, Chester. ¿A qué vienes? ¿Te jugaste el dinero y necesitas más?

—Tengo aún el que me dio; pero he venido a proponerle lo que usted me ha pedido tantas veces.

—Abrevia. Tengo invitados y no puedo perder más tiempo.

La mujer hablaba secamente, imperiosa y despectiva, como si fuese la dueña y su visitante uno de sus esclavos.

—Quiero venderle el retrato.

La dama no pestañeó.

—¿Estás seguro de que aún me interesa? —preguntó.

—Hace tres días le interesaba.

—Tres días pueden provocar muchos cambios. Alejandro Bádenas ha muerto. Chester Roffío no se inmutó ante la noticia. —Tiene un hijo —replicó—. Y aunque no lo tuviera... —No me amenaces —previno la mujer—. Soy perfectamente capaz de reñir mis batallas hasta el fin.

—Esa batalla, sí alguna vez se decide a entablarla, la tiene perdida.

—No vivirías lo suficiente para ver tu victoria.

—He venido en son de paz.

—Pues tus clarines suenan a guerra, Chester. Di lo que quieras y vete.

—Cien mil dólares y le devuelvo el retrato.

—¿Y si prefiero seguir dándote los quinientos mensuales que ahora recibes? Me sale más a cuenta. No vivirás lo suficiente para costarme cien mil.

—Pero si yo muriese y apareciera el retrato y su historia...

La insinuación quedó pendiente en el aire, confusa para quien no supiese de qué se trataba; pero clarísima para los que estaban en la sala.

—Hiciste la promesa de que a tu muerte, si ésta fuese natural, el retrato volvería a mis manos.

—Y yo lo cumpliré; pero uno nunca sabe si la policía cumplirá al pie de la letra las instrucciones de un muerto. Sobre todo si su fallecimiento presenta síntomas sospechosos.

La mujer se había acercado a la consola y, apoyando la mano en ella, comenzó a tabalear con los dedos sobre el mármol. De pronto, sus uñas tropezaron con una de las plomizas hojas de acero y el tabaleo interrumpióse bruscamente. Roffío, que no la perdía de vista, cambió con ella una mirada que era una amenazadora respuesta a la idea que acababa de pasar por el pensamiento de la dueña de la casa.

—No he pensado en hacerte asesinar a puñaladas —dijo la mujer.

—Sería una locura.

—No mayor que pagarte cien mil dólares por el retrato.

—A mi entender, esa sería una buena inversión, pues se vería usted libre de la preocupación de que a mi muerte se hicieran públicos sus secretos.

Ella había reanudado el suave tabaleo sobre el mármol. No se sentó ni invitó a su visitante a que lo hiciera. Los ágiles movimientos de sus

dedos eran el reflejo del aún más ágil movimiento de su cerebro.

—Desde luego, no te daré lo que me pides. En principio te prometo cincuenta mil dólares. Tráeme mañana el retrato y una declaración firmada por ti de que es falsa la historia que inventaste hace años.

—Ni lo suyo ni lo mío. ¿Por qué no nos encontramos a mitad del camino y lo dejamos en setenta y cinco mil?

—Cincuenta mil es suficiente. Pero te daré una bonificación de seis mil más, por un año al precio antiguo. Trae mañana...

—Un momento, señora. Ya sabe que no tengo aquí el retrato. Lo he de ir a buscar a California. Pero si usted hace que me acompañe alguien de su confianza...

—Sólo tengo confianza en mí. Iré yo misma. Nos veremos en Los Angeles. Sé donde encontrarte. Sal mañana. Yo te seguiré dentro de una semana. He de arreglar algunos asuntos. ¿Tienes algo más que pedirme?

—Nada más, señora. La esperaré en Los Angeles.

—Adiós. Ya conoces el camino.

Salió Chester, que no podía dar crédito a su buena suerte. Anticipándose a la criada, abrió la puerta del piso y bajó aceleradamente la escalera. Cuando llegó a la calle respiró aliviado. Yendo hacia un coche de punto del que acababan de bajarse un caballero y una dama, ordenó al conductor:

—Al restaurante *Antoine*.

Si Roffío hubiera visto cómo el señor John Smith, del «Marie-Belle» y posteriormente del «Missouri-Belle», tomaba nota en su cuaderno del nombre del popular restaurante de Nueva Orleans, se hubiese apresurado a elegir otro sitio menos famoso, aunque fuera a costa de perder una de las mejores cenas de Norteamérica.

El señor John Smith, cuyo traje, tan deteriorado por la lluvia, le daba aspecto, no de viajante de licores, sino de pordiosero, subió al piso del que acababa de salir Roffío y fue introducido como si se tratase de alguien importante.

—La señora está en el salón —indicó la criada.

Un hombre cruzaba en aquel momento el vestíbulo. Era alto, incipientemente calvo, grueso de vientre, carilleno, de negrísimo, abundante y engomado bigote. Iba vestido con una bien cortada levita que permitía ver su chaleco de seda negra, cuyo brillo competía con el de la almidonada pechera de la camisa. Al ver al visitante, saludó con bronca voz:

—Buenas tardes, Smith. Se ha mojado, ¿eh?

—Sí, don Patricio. Mal día hoy. El río viene crecido.

—¿Quiere ver a Adela? ¿Sí? Yo también. Fueron juntos hacia la sala. Cuando los dos hombres entraron, la dueña de la casa seguía de espaldas a la puerta, John Smith se detuvo al borde de la alfombra, sin atreverse a pisarla con sus enfangados pies. Adela, por el espejo, observó su vacilación.

—No se asuste; písela —ordenó. Y a su marido: —Cierra la puerta.

Don Patricio cerró la vidriera y corrió la cortina. De un bolsillo interior sacó una cigarrera y de ella dos habanos.

—Tome, Smith. Un «Corona» de la Corona...

—Fuma tú, si quieres —interrumpió Adela—. Smith está demasiado mojado para fumar. Estropearía el cigarro. Prefiere un coñac, ¿no?

—En efecto, señora. Un coñac me irá bien. —Y a don Patricio: —Me lo dará usted otro día. Hoy no puedo guardarlo; toda mi ropa está empapada.

Adela fue hacia la pared y volvió uno de los cuadros, descubriendo un oculto armario. En él había unas botellas de licor. Tendió la mano hacia una de «Brandy Napoleón»; pero la retiró enseguida, llevándola hacia otra de «Armagnac». Llenó hasta la mitad un alto vaso de cristal tallado y lo ofreció a Smith. Luego volvióse de nuevo hacia el armario y, esta vez sin vacilar, cogió la botella de «Napoleón» y sirvióse una buena cantidad en otro vaso. Su sentido de la economía se limitaba a los demás. Cerró el armarito y se volvió hacia su visitante.

—A su salud, Smith —dijo, levantando el vaso.

Smith bebió el licor de un trago. Adela, en cambio, lo paladeó lentamente. Al fin y al cabo, se estaba bebiendo varios dólares convertidos en coñac.

De un bolsillo de su traje sacó una pitillera de oro y de ella un cigarrillo. Su marido acercóse a ofrecerle la llama de una cerilla. Después de lanzar por la nariz dos largas columnas de perfumado humo, Adela preguntó a Smith:

—¿Qué sabe de Chester?

El interpelado sacó un cuaderno con tapas de hule y carraspeó. Adela sentóse en la butaca. Su marido fue hacia el armario y, abriéndolo, se dispuso a servirse una copa de «Napoleón». Al notar fija en él la mirada de su esposa, cambió de idea y eligió el «Armagnac».

—Sirve otra vez a Smith —ordenó Adela—. Lo necesita.

Después de obedecer, don Patricio se recostó contra un espacio libre del muro, con el «Corona» en la izquierda y el vaso de coñac en la derecha, llevándose alternativamente uno y otro a los labios. Smith dejó sobre la mesa el vaso. Consultando de cuando en cuando su cuaderno de notas, explicó los pormenores del viaje de Chester Roffío hasta el momento en que éste perdiera su dinero en la mesa de póker.

—Cuando salió del salón —prosiguió Smith—, creí que iba a suicidarse. No sería el primer jugador que lo hace...

—Al grano, Smith, al grano —interrumpió Adela, encendiendo otro cigarrillo con la colilla del primero, que aplastó, luego, contra una de las conchas que servían de ceniceros.

—Salió a cubierta y se acodó contra la baranda. Quiso encender un cigarro y no pudo. Al cabo de un rato, cuando cruzábamos un banco de niebla, se metió otra vez en el barco y se dirigió a su camarote; pero comprendí que esperaba a alguien, pues, antes de llegar a él, se ocultó en un hueco de los que se utilizan para guardar las hamacas. Estuvo allí un rato, hasta que apareció Gaylord Trytell. Debían de haberse citado, pues cuando Trytell pasó junto a Roffío, éste le siguió. No cambiaron una palabra hasta que llegaron a la puerta del camarote de Gaylord. Este se volvió entonces hacia Roffío y le dijo...

Aquí Smith consultó su cuaderno, en el cual leyó:

«—Hola, Chester. Entra en el camarote y hablaremos. A ver si llegamos a un acuerdo.

»Roffío contestó:

»—Sí. Tengo algo importante que decirle.

«Después de estas palabras los dos entraron en el camarote y cerraron la puerta, corriendo luego la cortinilla. Esto me impidió ver nada por la cerradura. Tampoco pude oír lo que hablaban, a pesar de que lo intenté por todos los medios a mi alcance. Estuvieron un buen rato juntos. Yo fui a mi camarote y dejando la puerta entornada esperé a que salieran. Cuando por fin Roffío salió al corredor, lo hizo llevando en la mano un fajo de billetes de banco. Por lo menos serían dos mil dólares. Antes de marcharse le dijo a Trytell:

»—Cuando tenga usted las pruebas, se convencerá de que no le he engañado.

»Y Tritell respondió:

—»Está bien, hombre. Si es así, consideraré que he hecho un buen negocio al darte eso. Adiós.

» Roffío contestó:

»—Adiós, mi coronel.»

Adela levantó la cabeza, interrumpiendo la chupada que estaba dando a su cigarrillo.

—¿Coronel? —preguntó.

—Sí, señora. Gaylord Trytell fue coronel de la caballería confederada. Tomó parte en muchas acciones de guerra. Estuvo, incluso, en Gettysburgh.

— ¡Dios Santo! —exclamó don Patricio—. ¡Ya recuerdo...!

—¡Cállate! —le cortó su mujer—. No hables demasiado.

—Señora —protestó Smith—. Esa prueba de desconfianza me ofende.

—Pues cárguelo en su cuenta —replicó Adela—. Tiene usted los oídos demasiado finos. A veces eso puede ser un defecto. ¿Qué más ocurrió?

—Roffío se volvió hacia mi camarote y tuve que cerrar la puerta. Creo que me oyó; pero sé que no pudo verme. A la mañana siguiente desembarcó en Natchez y, en el «Missouri-Belle», regresó a Nueva Orleans. Y yo con él. Apenas llegamos, vino hacia aquí. Estuvo un rato en el atrio de la catedral, como si no se atreviese a subir. Al fin se

decidió. Estuvo una hora en la casa. Salió muy de prisa, tomó un coche y se hizo conducir al Antoíne, donde ahora debe de estar cenando.

Adela consultó el reloj de oro y rubíes que colgaba sobre el lado izquierdo de su pecho.

—Es pronto —dijo—. Sólo le habrán servido alguna bebida. Hasta dentro de hora y media, por lo menos, Antoine Alciatore no tolera que se sirva ninguna cena. Por tanto, tenemos tiempo sobrado para reflexionar y sacar algunas conclusiones. Ese sinvergüenza ha querido engañarme.

Adela soltó una dura risa que transformó su atractivo rostro en una fea máscara de odio.

— ¡Idiota! —siguió. Aplastó el cigarrillo contra la cancha, bebió de un trago el coñac que aún quedaba en su vaso y, tendiéndoselo a su marido, ordenó, sin mirarle:

—Llénalo.

—¿De cual? —preguntó don Patricio.

—Ron. Del mío. No estoy ahora para bebidas de señorita.

Miró a Smith, que sintió un escalofrío en las venas, recordando cierta historia referente a una «Wild» Adele (Salvaje Adela) que manejaba el cuchillo con el mismo arte con que usaba su privilegiada garganta. Había transcurrido mucho tiempo desde que la «Salvaje» Adela dejó de ser una de las mejores atracciones del *Vieux Carré*, pasando, gracias a un ventajoso matrimonio, a ser la esposa de un hacendado californiano que llegó a Nueva Orleans a gastar el oro que le sobraba. Desde entonces hasta ahora, Nueva Orleans había sufrido muchos cambios. Llegó la guerra. Doña Adela de Bádenas regresó a la ciudad, instalándose en la mansión Pontalba. Su marido estaba en el frente y la visitó un par de veces antes de que las fuerzas yanquis ocuparan la población. Mientras otras damas procuraban hacer el vacío a los conquistadores, Adela de Bádenas esforzóse en todo lo contrario. Se hizo simpática, recibió en su casa a las esposas de los oficiales y conservó, así, sus tierras y su dinero. Incluso pudo comprar otras haciendas que fueron puestas en venta por sus propietarios, abrumados a impuestos. Se dijo que en su casa se jugaba y, además, se permitían escenas intolerables. Fuera lo que fuese, nada se sabía de cierto, excepto que al terminar la contienda era algo más rica que al empezarla, y que, merced a su influencia, don Patricio de Bádenas

salió del campo de prisioneros en que estaba recluido desde que en Gettysburgh cayera en manos de los azules. Gracias a su mujer, don Patricio pasó muy poco tiempo en el campo de Johnson's Island. Antes de que las hostilidades terminasen regresó y, en vez de matar a su esposa, como algunos esperaban que hiciera un caballero que tenía en sus venas la más pura sangre española, aprobó cuanto Adela había hecho, aunque en adelante consiguió de ella que utilizara su influencia en beneficio de muchos compañeros de prisión, que al regresar a Nueva Orleans hablaron calurosamente de su buen amigo don Patricio. Como entre los beneficiarios figuraban muchos jóvenes pertenecientes a familias aristocráticas, Adela logró hacerse perdonar su condescendencia con los yanquis. Al fin y al cabo, fueron cosas de la guerra.

—¿No se sabe nada más?—preguntó Adela a Smith, arrancando a éste de sus recuerdos.

—Nada más, señora. Si quiere conocer mi opinión...

—Sé la mía —replicó la dama—. Y confío más en ella que en la de usted Si no tiene ningún otro hecho concreto que poner en mi conocimiento, puede marcharse. ¿Necesita dinero?

—Si no he de seguir trabajando, le enviaré mi cuenta.

—¿Por qué cree que no ha de seguir trabajando para mí? —preguntó Adela.

—Desde el momento en que me pregunta si quiero cobrar mis honorarios...

—Ya. Entiendo —Adela quedó pensativa—. Se equivoca —dijo al cabo de unos instantes—. Necesito que alcance al «Marie-Belle» y no pierda de vista a Trytell. En cada lugar donde se detenga el barco deje una nota dirigida a mi nombre. Adela, sólo. Indíqueme por ese medio el camino que sigue y lo que haya averiguado. Compre los caballos que necesite para hacer el viaje en el menor tiempo posible. Use el ferrocarril, la diligencia, lo que quiera, pero, sobre todo, alcáncele pronto. Patricio le dará alguna cantidad para los gastos. Quinientos dólares serán suficientes.

El señor Bádenas se apresuró a entregar a John Smith el dinero indicado por su mujer. El otro lo guardó en un bolsillo y despidióse con un cordial saludo:

—Le prometo que no quedará descontenta de mí, señora.

—De usted depende, Smith —respondió la mujer—. Que tenga buen viaje.

John Smith salió a la Plaza Jackson. El suyo era uno de esos oficios que provocan el desprecio de la gente mientras ésta no tiene que acudir en demanda de ayuda a aquellos que lo practican. Espías. Policías privados. Investigadores secretos. Detectives. Muchos nombres para una misma cosa: hacer lo que la policía no está autorizada a realizar o bien lo que no realizaría porque antes tendría que meter en la cárcel a quien le encargase semejante tarea. El y otros caminaban con un pie dentro de la Ley y otro fuera de ella. Y si alguna vez posaba los dos pies en uno de los lados de la frontera, casi siempre lo hacía en el opuesto al de la estricta legalidad.

—Algo trama la «Salvaje» Adela —se decía Smith, mientras cruzaba la plaza. Ya no llovía y las estrellas reflejábanse en los charcos—. Que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda —siguió—. Yo soy la mano derecha de esa dama. Esta noche la mano izquierda de la misma señora hará algo que yo no deseo saber. De ahí viene la prisa por hacerme emprender un viaje cuya utilidad es muy relativa. Trytell viajará en el «Marie-Belle» hasta Cairo, por lo menos. Ella lo sabe. Y sabe, también, que puede alcanzarlo viajando en ferrocarril.

El saber demasiado era peligroso, pero sólo cuando uno pretendía sacar excesivo provecho de sus conocimientos. Si éstos se usaban dosificadamente y no se exprimía demasiado a la víctima, el saber mucho era ventajoso. Jonh Smith hubiera querido poder abordar a Roffío y sonsacarle sus secretos. Como no podía hacerlo directamente, pues él era hombre cauto y tenía conciencia de la importancia de tales secretos, Smith desistió de ello. Adela y su marido le habían empleado para que no perdiese de vista a Roffío. También debía, de ser posible, registrar su camarote y su equipaje y apoderarse de cuantos retratos metálicos encontrase. En especial uno cuadrado; pero no debía desdeñar los ovalados, lo cual significaba que el importante era el ovalado. Por cada retrato recibiría mil dólares, más una dieta de cincuenta dólares diarios mientras trabajara para el matrimonio. Un buen empleo para un agente particular.

—Me parece que para emprender el viaje puedo esperar a mañana —decidió Smith—. Esta noche me acercaré a casa *Antoine* para ver qué tal digestión hace el amigo Roffío.

CAPITULO V

Don César de Echagüe y su esposa entraron en el *Restaurante Antoine*. Los dos vestían de muy distinta manera a lo que era costumbre en ellos. Antoine Alciatore se inclinó hacia Jules, su hijo, e indicando con un movimiento de cabeza a los recién llegados, comentó en francés:

—Hijo mío: ahí tienes a dos personas importantes. Ya verás como no piden huevos con jamón. Ve a hacerles los honores.

Jules, que debía heredar el famoso establecimiento, acudió al encuentro de los clientes. El camarero que se disponía a hacerlo se detuvo, al ver que el hijo del dueño se le anticipaba.

—Buenas noches, señora. Caballero, muy buenas noches. Por aquí, tengan la bondad. En aquel ángulo estarán muy bien.,

—Un momento —pidió don César, en francés—. Si no hubiera inconveniente preferiría un poco más a la izquierda. La tercera mesa.

—Como usted ordene, señor.

Pero Jules estaba un poco dolido por el desprecio. Don César supo calmarle aquel dolor, agregando:

—Mi padre se sentó en aquella mesa hace veintiún años. ¿Comprende?

—¡Oh, perdón, señor! Comprendo perfectamente. Primero la tradición.

—Incluso en *Antoine* —sonrió Guadalupe—. Mi suegro siempre decía que deseaba volver a Nueva Orleans para sentarse a la mesa que ocupó por primera vez, y decir: «Antoine: deseo cenar.»

—¿Nada más? —preguntó Jules—. ¿No deseaba decir nada más?

—Nada más —siguió don César, apretando significativamente el brazo de su mentirosa mujer—. En *Antoine* no hace falta decir más.

Guadalupe observó de reojo al ocupante de la mesa contigua a la escogida por su marido. No cabía duda. Era el mismo que estuvo junto a ellos en el atrio de la catedral. ¿Casualidad? No podía creerlo.

Un camarero acudió a apartar la mesa para que los clientes pudieran sentarse cómodamente. Jules, lleno de reverencias, pidió:

—Les ruego me disculpen. Avisaré a mi padre. Lamentará mucho que no sea el mismo cliente; pero se alegrará de que sus hijos continúen la tradición.

Antoine Alciatore acudió todo lo de prisa que pudo a la mesa ocupada por el matrimonio.

—Mi hijo me ha dicho que son ustedes herederos de un antiguo favorecedor nuestro, señor.

—Me llamo César de Echagüe —explicó don César—. Mi esposa, Guadalupe de Torres, de la Hacienda el «Todo», de Méjico.

—¡Oh, Méjico! —exclamó Antoine, cuyo orgullo francés estaba muy resentido por lo que en Méjico se había hecho con el emperador suministrado por Francia.

—Nosotros no somos exactamente mejicanos —explicó don César, comprendiendo la decepción del famoso cocinero—. Mi esposa y yo venimos de California. De Los Angeles. El abuelo de mi mujer vive en Méjico; pero nosotros no.

—¡Ah, California! —la exclamación del viejo Antoine fue de claro alivio—. Los Angeles es una ciudad que promete. Aún no es lo que será. De momento, en San Francisco se come mejor; pero también existe un famoso restaurante en Los Angeles... Tiene un nombre muy... muy... —Antoine hizo chasquear los dedos. Trataba de hablar en inglés; pero no siempre encontraba las palabras apropiadas—. Es un nombre *trés drole*. La posada de un rey...

—La Posada del Rey Don Carlos Tercero —ayudó don César.

—¡Eso es, eso es! —exclamó Antoine—. Su propietario es un buen amigo mío.

—Y mío —agregó el californiano.

—¡Ah! ¿Conoce usted al señor Ricardo?

—Todo lo que se puede conocer a un socio comercial.

—¿Socio? —Antoine se irguió—. No sé si comprender bien, señor.

—Mi marido y Ricardo están asociados —explicó Guadalupe—. Mi

marido es el dueño de la casa en que está instalada la Posada, como la llamamos nosotros. También aporta la mitad del capital.

—¡Ah, mi querido colega! —Antoine se interrumpió, temeroso de haber ofendido—. Perdón, señor —se excusó.

—Al contrario. Encantado de que el famoso Antoine me considere su colega. Yo tuve la idea de instalar en Los Angeles un restaurante donde pudiera comer un caballero. Ricardo está consiguiendo grandes progresos, aunque no puede aspirar a igualar a un maestro como usted.

—¡Oh, perdón, señor! El señor Ricardo es un alumno aventajado. Fue el único que descubrió el secreto de nuestras ostras cocidas. Yo he desafiado a los mejores cocineros de Europa a que descubran el principal ingrediente de la salsa. Ninguno lo descubrió, señor. Ninguno. Pero el señor Ricardo sí. Me dijo: «Antoine: usted usa un pan indecente para la salsa. Usted usa pan estropeado. Un pan que no tiene nada que envidiar al Roquefort.» Es muy inteligente el señor Ricardo. Sólo él conoce el secreto de mis ostras y, sin embargo, nunca las ha servido. Yo envié una vez a un amigo a Los Angeles y le dije: «Tú vas a casa del señor Ricardo y le pides ostras a la *Antoine*. Si te dice que no puede servirlas, tú le dices que se las pagarás al precio que sea.» Cuando volvió mi amigo, ¿sabe qué me dijo, don César? ¿Cree que me dijo que el señor Ricardo se las había servido. ¿Cree que me dijo que el señor Ricardo le había cobrado dos dólares por cada ostra? ¡Pero, no! Me dijo: «Antoine, tu señor Ricardo me ha dicho que tus ostras son tu secreto y que él no puede robar un secreto al maestro de todos los maestros». ¡Buen amigo el señor Ricardo! Pero... Yo hablo mucho, señor. Usted está en su casa. Usted es el dueño de todo. Usted pida lo que quiera. Yo le traeré las llaves de mi bodega y de mis despensas.

—Estoy seguro de que guisadas por usted, Antoine, sus llaves serían un rico manjar —replicó don César—; pero quizá pueda servirnos algo más tierno.

Antoine se echó a reír como un niño:

—El señor tiene mucho humor. Si me lo permite, yo mismo iré a preparar su cena.

Ya se alejaba, pero retrocedió para preguntar:

— ¡Perdón! Si por casualidad desea algo especial...

—Mi mayor deseo ya se ha cumplido —respondió don César—. Antoine prepara la cena. A los artistas no se les aconseja. Ni los reyes, siquiera. Los de España se dejaban retratar por Velázquez y por Goya, como uno y otro querían retratarlos.

Antoine, radiante de placer, rejuvenecido en veinte años, corrió a la cocina, dando órdenes a derecha e izquierda.

—Ya estoy empalagada —declaró Guadalupe.

—Si dura un minuto más el intercambio de flores me habría visto apurado para no ofrecerle un cardo —replicó su marido—. De todas formas, creo que cenaremos como nunca.

Chester Roffío, que no había perdido detalle de la conversación, preguntó, incorporándose.

—Perdónenme, señores. No he podido evitar oír su conversación. ¿De veras son ustedes de Los Angeles?

—Sí, allí nos dirigimos. —replicó don César.—. Mi casa es el Rancho de San Antonio. Si alguna vez va a California y pasa por nuestra ciudad, no deje de visitarme. Tendré un placer en ofrecerle mi mesa.

—Muchas gracias. Si me lo permite le haré otra pregunta.

—Usted dirá.

—¿Conoce a don Alejandro Bádenas?

—Claro. No llegaba a ser un buen amigo; pero siempre que nos encontrábamos cambiábamos un saludo. El último que le dirigí no pudo devolvérmelo.

—Ya sé que ha muerto —aclaró Roffío—. En realidad me refería a su hijo. También se llama Alejandro.

—Sí. Le conozco un poco más que a su padre. Un muchacho bastante desafortunado.

—Ya sé. Puede que yo tenga algo de culpa de su infortunio.

—¿Usted?

Se acercaba un camarero con una bandeja sobre la cual venía una botella de jerez seco. Otro camarero traía dos copas de cristal de

Baccarat. Roffío se apresuró a completar su demanda:

—Si pudiese hacerme un favor... Yo he de ir a Los Angeles; pero me pueden ocurrir algunos accidentes... Tome este paquete. Guárdelo. Cuando yo llegue a Los Angeles se lo iré a pedir; pero si no llegase un mes después que usted, le suplico se lo entregue a Alejandro Bádenas.

Roffío deslizó un paquetito debajo de la servilleta de don César y en seguida volvió a su mesa. La llegada del camarero con el vino impuso un silencio a todo comentario que pudiera originarse del extraño comportamiento del vecino de mesa de los Echagüe.

Casi en seguida llegaron las ostras a la Antoine, sobre un lecho de sal gema teñida de verde por la misma salsa que cubría las ostras, cuya concha superior había sido retirada.

También a Roffío le sirvieron ostras Antoine; pero Roffío cometió el error de pedir un poco de pimienta, que le fue servida despectivamente por un ofendido camarero, que tenía que hacer esfuerzos para no gritar a semejante bárbaro:

—¿Cree usted, señor, que en casa *Antoine* se sirve la comida a medio condimentar?

Roffío se dio cuenta de su error y ya no supo cómo remediarlo. Para congraciarse con su camarero pidió un vino que correspondía a la carne y cuando le sirvieron ésta pidió vino propio de pescado. En su turbación ya no dio pie con bola. Para terminar pidió un helado y unos cuantos biscuits glacés para mojarlos en él. Cuando le trajeron una copa de helado y siete altos y no menos helados biscuits, estuvo a punto de echarse a llorar, pagó la cuenta y sin tocar el helado ni el *café brulé* que ya le traían salió de casa *Antoine* humillado y ofendido, sin decir nada más a don César ni a su esposa.

—¿Un coche, señor? —preguntó, en la puerta, un hombre que se cubría con una gorra de uniforme.

Sin esperar a que Roffío dijera que sí, hizo seña a un vehículo estacionado junto a la marquesina de *Antoine*.

—Al Hotel Escipión —ordenó Roffío, subiendo al coche.

La portezuela se cerró violentamente detrás de él. Al mismo tiempo el vehículo se puso en marcha tan de prisa, que Roffío hubiera caído de no sostenerle dos pares de brazos, cuya presencia allí era tan inesperada como el que un *biscuit glacé* fuese un helado en vez de ser

un simple bizcocho.

—¿Qué...? —empezó Roffío.

Una mano gruesa que sabía a sudor sucia le tapó la boca. Otras manos le empujaron al suelo y la hoja de una navaja se apoyó contra su cuello, a la vez que una voz prevenía:

—No se exalte, amito. Su digestión se va a estropear.

Este temor ya no era temor, porque el pobre Chester Roffío notaba en su interior una loca danza de ostras, *filet de boeuf Robespierre*, patatas *sufflés* y ensalada de remolacha.

CAPITULO VI

LAS VIEJAS AMISTADES DE ADELA

Adela levantó la cabeza cuando el carruaje se detuvo frente al tinglado, junto a la desembocadura de la calle del Canal, a pocos metros del río.

—Ya está aquí, Adela. —dijo el hombre que la acompañaba en la destartalada habitación iluminada por un par de quinqués y varias velas. ¿Estás decidida a llegar hasta el fin?

—Ya sabes que sí, René. Soy la misma que fui. Ha cambiado la piel, pero el corazón es el de siempre.

René se encogió de hombros.

—Tú pagas —dijo—. La fiesta será a tu gusto; pero dándonos un poco de tiempo hubiéramos trabajado mejor.

Se oyó abrir la puerta del tinglado. Y luego unos pasos que se iban acercando a la habitación que en un tiempo debió de servir de despacho.

—No hay tiempo para perderlo en artificiosidades. Si es necesario, despellejadlo.

—Eres la misma, Adela —suspiró René. Única. No he encontrado a otra que, después de doce años de vivir como una dama, sea capaz de

conservar el corazón de...

—No te preocupes. No me ofendes si me llamas tigre, hiena o víbora. Al contrario. Me halaga. Siempre he sabido lo que quería y la manera de conseguirlo. Nunca perdí el tiempo atacando los flancos. De frente y arrollándolo todo.

—Un día puedes tropezar con alguien más duro que tú.

— ¡Abre la puerta, René! —gritó Adela—. ¿O es que te has vuelto blando?

El mestizo René, con la preocupación de la policía de la ciudad y de muchos otros sitios, miró a la mujer como si deseara abofetearla; pero no se atrevió a enfrentarse con la ira de la «Salvaje» Adela. Yendo a la puerta la abrió, dejando pasar a los que traían cautivo a Roffío.

El terror había comunicado a la epidermis de Chester un sucio tinte verdoso que se acentuó al ver a Adela.

Esta vestía un traje muy escotado de etiqueta, y sobre él un largo abrigo de viaje. Fumaba rápidamente, acusando así su nerviosismo.

—No perdamos tiempo —dijo—. Tengo que volver a mi fiesta. Chester: eres un sapo. Te voy a aplastar bajo mis pies si no hablas claro y pronto.

Chester Roffío se mordió los labios, abrió y cerró la boca varias veces, y si intentó hablar, el miedo se lo prohibió, atenazándole la garganta.

—Por lo visto necesitas una pequeña explicación —siguió Adela, yendo hacia él—. ¿Creíste que me engañabas al ofrecerme el retrato? ¿Creíste que no había tomado mis precauciones y no sabía que me estabas ofreciendo lo que ya no tienes en tu poder? Pensaste que yo era una estúpida que te pagaría antes de recibir el género. Te conformabas con cincuenta mil cuando yo te habría dado gustosa doscientos mil. Muy ingenuo; pero no me engañó. ¿A quién le has vendido el retrato?

—A... A na... na... A na... die —consiguió replicar Roffío.

La mano de Adela cruzó de un revés la cara del prisionero, al que dos negros sujetaban por los brazos. Un grueso brillante que centelleaba en la mano de Adela se convirtió de pronto en rubí, mientras un chorro de sangre brotaba de la herida abierta por la

piedra en el pómulo derecho de Roffío, que lanzó un terrible aullido de dolor.

—Déjanos a nosotros el trabajo, Adela —pidió René

La mujer le apartó de un empujón.

— ¡Ya estoy harta de ti, maldita sanguijuela! —aullaba contra el rostro del prisionero—. Me has chupado la sangre durante estos años, pero hoy, aunque sea lo último de mi vida, la vomitarás toda. ¡Toda! ¡Toda!

Varias veces golpeó la cara de Roffío que, retenido por los negros, no podía huir de la furiosa mujer. Los gritos, en vez de calmar la ira de Adela parecían exacerbarla, y cuando su mano derecha, enrojecida por la sangre de las heridas de Roffío, ya no tuvo fuerzas para seguir pegando, utilizó la izquierda. Estuvo a punto de tirar el cigarrillo que aún sostenía entre los dedos; pero una idea salvaje la hizo aplastar la brasa contra la frente de Roffío.

Un largo y hueco quejido brotó de la garganta del infeliz, cuyas energías, agotadas por aquel alud de impresiones y dolores, le abandonaron, dejándolo como un insensible guiñapo pendiente de los hercúleos brazos de los negros.

—Déjale un momento, mujer —pidió una vez más René.

Adela no le quiso oír. Levantándose las faldas, sin preocuparle la presencia de los hombres que la miraban, descargó una lluvia de puntapiés contra el pecho, la cara, las rodillas y el abdomen de Roffío.

—Es como si pegases a un muerto, Adela —le decía René.

Adela sólo le escuchó cuando sus fuerzas fallaron y, sudorosa y desgreñada, se dejó caer en uno de los cajones que servían de asiento.

—Dame algo de beber —jadeó, echando hacia atrás los desordenados rizos.

—Ya bebiste demasiado —replicó René—. Así no conseguirás otra cosa que matarle. Y los muertos no pueden hablar.

Adela, que respiraba fatigosamente, le miró con opacos ojos.

—Dame aunque sea un poco de agua —pidió con voz débil.

René le ofreció un vaso lleno de agua en el que echó un chorro de

ron. Adela bebió ansiosamente. Respiró con más facilidad y hasta consiguió sonreír.

—Tienes razón, René. Me he dejado llevar de los nervios. Esta rata me ha estado sacando dinero, dinero y más dinero.

El recuerdo de los miles de dólares que había tenido que pagar por el silencio de Roffío la volvió a enloquecer. Levantándose, se tiró encima del prisionero, a quien sus carceleros habían dejado en el suelo para que se rehiciera, y, a pesar de que la retuvo, René no pudo evitar que, su pie aplastara la nariz de Chester,

El dolor o la sangre que a torrentes manaba de la nariz, metiéndose en la boca de Roffío, hizo que éste volviera en sí. Tosiendo sangre y tratando de contener con las manos la hemorragia, se sentó en el suelo. Un continuo e inhumano sollozo brotaba de él.

—Parece un cerdo cuando le están matando —dijo Adela, escupiendo a la cara de Roffío—. A ver si puedes hacerle hablar, René.

El mestizo cogió un cubo y se lo dio a uno de los negros. No tuvo que explicar para qué lo quería. El negro salió del cuarto hacia la bomba neumática del tinglado. Otro negro que estaba de guardia allí, para prevenir la llegada de cualquier curioso, siguió a su compañero para ayudarle a llenar el cubo.

—¡Qué mujer, hermano! —comentó.

—No la he visto peor, Sammy —replicó el otro, santiguándose—. Veneno del más malo.

—Una bruja de los *bayous* de las marismas. Una mujer no puede hacer cosas tan malas a un cristiano.

—Seguro que no. Eso sólo está bien para los hombres.

La conversación se terminó aquí, pues Adela inspiraba ya demasiado miedo a todos, para que el negro del cubo se atreviese a provocar su ira retrasándose en la tarea ordenada.

El otro le siguió hasta el cobertizo. En vez de vigilar si alguien entraba o no, pegó su cara al sucio cristal de la única ventana, para no perderse el espectáculo que no por horrible dejaba de parecerle apasionante.

Tal vez por este motivo no vio cómo una sombra se deslizaba

dentro del tinglado por una brecha abierta meses antes al chocar un carro contra el muro de ladrillos.

No sólo no vio aquella sombra, sino que tampoco vio la otra que siguió a la primera. Lo que ocurría dentro del despacho acaparaba toda la capacidad vigilante del negro.

El que uno de los gritos de dolor de Roffío hallara eco en un rincón del tinglado no sorprendió al negro. Estaban ocurriendo muchas cosas raras y, además, por nada del mundo hubiera ido el negro a investigar por los oscuros rincones del tinglado.

—Eso está mejor —musitó junto al cristal, viendo a René hacerse cargo de la tarea de sacar del cuerpo de Roffío la verdad que éste se negaba a revelar.

El agua había devuelto un poco de sentido al cautivo. René le vació encima el cubo, y el agua le había limpiado algo la cara de la sangre que la había manchado. Ahora Roffío tiritaba, y el mulato, inclinándose hacia él, le hecho la cabeza hacia atrás, manteniéndola así agarrada por los cabellos.

—Óyeme bien, estúpido —dijo—. Ya sabes lo que te ha pasado; pero eso no va a ser nada en comparación con lo que te va a ocurrir si no vomitas pronto lo que sabes. ¿A quién vendiste el retrato?

El temblor de Roffío acentuóse. Su cuerpo estaba tan lleno de dolor, que ya no podía admitir más. Cualquier tormento al que se le sometiera daría el mismo resultado que si se pretendiera aumentar la cabida de una copa echándole varios litros de agua cuando su capacidad no llegaba a un cuarto. Era mejor, por tanto, provocar el dolor moral.

—Ya sabes que te podemos hacer mucho daño. Te podemos someter a tormentos que te harán pensar en la muerte como en lo más bello del mundo. La desearás y nos pedirás, llorando, que te matemos. Y no te mataremos. Sólo te haremos sufrir, sufrir y sufrir. Y cuando te dejemos, serás un inválido. Un monstruo de quien la gente se apartará horrorizada. Y sólo te dejaremos cuando nos hayas dicho la verdad. Tú sabes bien que no vas a poder resistir el suplicio. Reconócelo ahora y habla. Te ahorrarás mucho sufrimiento.

Roffio miraba a René como si no le viera. El mulato prosiguió:

—Empezaremos con las uñas. Te las iremos arrancando una a una, metiendo la hoja de una navaja por entre la uña y la carne. ¿Te

imaginas el dolor? Y no olvides que tienes diez uñas en las manos y otras tantas en los pies.

Esta vez los ojos del preso indicaron comprensión.

Adela se dio cuenta de que el sistema de René era mejor que el suyo. Se levantó y acercándose a Roffio preguntó:

—¿A quién vendiste el retrato? ¿A Trytell?

Roffio la miró estúpidamente, como si ya no oyera nada. Adela comenzó a perder nuevamente los estribos.

—¡Maldito!, ¿me dirás...?

René se interpuso entre ella y el preso.

—¡Cállate! —susurró—. Perderemos toda la noche y no conseguiremos nada. ¡Déjame a mí!,

Empujó suavemente a Adela hacia un lado y ordenó en voz alta:

—Traed la navaja.

En seguida se arrodilló junto a Roffio y le agarró violentamente la mano izquierda, separando el dedo índice, para empezar por él.

Roffio lanzó un grito, como si ya le estuvieran arrancando la uña y, en seguida, agregó:

—¡Sí, sí! Se lo vendí a él. ¡Dios mío! ¡Perdón, perdón! No tuve más remedio...

Adela se tiró de nuevo contra él. A puntapiés y a taconazos, sin que la conmovieran los gritos de dolor de Roffio, que se retorcía como una culebra herida de muerte, desahogó su ira, sin que pudieran dominarla René y los negros.

—¡Dejadme! —les gritaba, rechazándolos—. ¡Le he de matar! ¡Traidor! ¡Ladrón! ¡Estafador!

Por fin consiguieron apartarla de su víctima, a la que siguió denostando llena de la que ella creía muy justa indignación:

—¡Ladrón! ¡Hombre sin honor! ¡Mereces la horca! ¡Lo que has hecho conmigo no tiene nombre! ¡Vender lo que me habías prometido entregarme...!

—¡Acaba de un vez! —gritó René, cuyos nervios también se habían disparado.

Dirigiéndose hacia sus hombres, ordenó:

—Ayudadme a sacarla de aquí y a llevarla al coche. Cuando salieron del cuarto, dejando en el suelo a Roffio, sin sentido y en medio de un charco de agua y sangre, ordenó al negro que vigilaba fuera:

—Sammy, cuida de que ese no escape. René y los otros fueron hacia la puerta del tinglado, arrastrando a la mujer, mientras Sammy observaba desde la puerta al desmayado Roffío.

Adela seguía pidiendo que la dejasen patear al maldito estafador, y sus gritos ahogaron los pasos que se iban acercando a Sammy, en cuyo cerebro resonó, de pronto, un cañonazo, cuyo impacto le repercutió hasta las puntas de los pies, mientras un fogonazo, o lo que fuera, le cegaba los ojos, antes de hundirlo en un abismo de negruras.

CAPITULO VII

EL FINAL DE UNA CENA EXCELENTE

Cuando Chester Roffío, aturdido por sus errores, salía del *Antoine*, don César se inclinó hacia su mujer:

—Te aseguro que yo no he proyectado esto —dijo—. No lo esperaba y me asombra tanto como a ti; pero el mismo hombre que seguía a nuestro vecino esta tarde lo ha seguido ahora. No puedo resistir la curiosidad y quiero ver en qué termina todo. Hasta luego. Que no te quiten el paquetito.

Guadalupe le miró burlonamente.

—Si necesitas unos cuantos revólveres, creo que llevo un par de docenas en el bolso —dijo, golpeando el bolsito de mano que tenía junto a ella, sobre la mesa.

—No —rió su marido—. Llevo el mío —y se golpeó el sobaco—; pero es simple precaución. Ya sabes que nunca me separo de él. Adiós.

Guadalupe le vio salir en pos del otro cliente que también sentía

interés por los pasos de Chester Roffío. Lanzó un suspiro y mientras tomaba a pequeños sorbos el *Café Brûlot Diabolique*, mezcla de fuerte café, coñac quemado y especias, deshizo el paquete que su vecino de mesa les había confiado. Antes de terminar de abrirlo se dio cuenta de que era un daguerrotipo. Cuando lo examinó llevóse una pequeña decepción. La ovalada plancha de cobre representaba a un hombre sentado en una silla, vestido de etiqueta, y a su lado, de pie y apoyando la mano derecha en el hombro izquierdo del que estaba sentado, una mujer vestida de novia. En resumen: un vulgar retrato de bodas. El hombre y la mujer le eran desconocidos.

Guardó el daguerrotipo en el bolso y llamó al camarero para pagar la cuenta. El viejo Antoine acudió, protestando a voces de semejante locura.

—Señora: Usted no puede ofenderme así: Ha sido un honor y un placer. Usted nos paga sobradamente con su sonrisa. Lo que lamento es que su esposo haya tenido que salir tan precipitadamente.

—Un negocio urgente e inesperado... —explicó Guadalupe—. Pero volverá a saludarle. En la vida no podemos olvidarnos de que el dinero hace falta y de que es necesario ganarlo.

La acompañaron hasta la portezuela del coche que habían hecho venir y, a través de la ventanilla, Guadalupe vio, bajo la marquesina de hierro del *Restaurante Antoine*, al viejo propietario y a su hijo repitiendo continuamente:

—Salude a su esposo. Salude a su esposo.

Guadalupe asentía sonriendo con los labios; pero musitando en su cerebro:

—Si le vuelvo a ver le saludaré.

En aquella ciudad, en aquel ambiente exótico, tan distinto del de Los Angeles, Guadalupe tenía la impresión y el temor de que el «Coyote» no pudiera actuar con la eficacia y seguridad con que lo hacía en su nativa California.

En cambio, don César sentíase fuerte y seguro de sí mismo. Marchaba hacia lo desconocido por un terreno que no le era familiar; pero que, por eso mismo, resultaba más atrayente. Había tomado un coche descubierto y en él seguía al ocupado por el hombre que iba tras la pista de Roffío. Siguiendo a uno seguía a dos, y este tipo de persecución resultaba emocionante por lo inusitado y, al mismo

tiempo, por las peligrosas posibilidades que entrañaba.

Al desembocar en la calle del Canal, el coche al que seguía don César se detuvo y su ocupante descendió de él, pagando y despidiendo al cochero. Don César siguió adelante y a mitad de la calle imitó al otro, metiéndose en un portal en espera de que el seguidor de Roffío pasara ante él.

Siguiéndole, protegido por las sombras, llegó al muelle, primero, y luego, por entre los tinglados repletos de mercancías y pegándose a las altas filas de fardos protegidos de la lluvia por grandes encerados, llegó a la vista de un viejo almacén, ante el cual se veían dos coches. Uno era el utilizado por el cliente del *Antoine*. El otro, también de alquiler, podía significar muchas cosas o ninguna.

Un lejano grito de dolor resonó en el solitario muelle. Sonaron en seguida otros gritos similares, que se apagaron como si se hubiera cerrado la puerta del lugar de que llegaban. El que iba delante de don César los oyó, a juzgar por el movimiento que hizo. Luego aceleró el paso, pegado al desconchado muro del almacén. De pronto, el muro pareció tragárselo; pero el misterio quedó aclarado en seguida al descubrir don César un agujero en la pared. Por aquella abertura salían los gritos que ya había oído, y don César, deteniéndose tan sólo el tiempo suficiente para cubrirse el rostro con un antifaz de seda y desenfundar el revólver, se metió por el agujero.

La luz que llegaba de una ventana al fondo del tinglado, recortó la silueta del hombre que le precedía. El «Coyote» siguió tras él, procurando pasar lo más silenciosamente posible.

El otro debió de oír algo, pues se volvió cuando el «Coyote» estaba sólo a dos pasos de él. A ambos les interesaba guardar silencio, pues los dos estaban en terreno prohibido. John Smith tenía la desventaja de hallarse de espaldas a la luz, que le silueteaba ante su adversario. Este aprovechó esta momentánea ventaja y el cañón de su revólver dio de refilón sobre la sien izquierda del espía, que se desplomó en los brazos del «Coyote», quien lo depositó en el suelo.

Los inhumanos alaridos que llegaban de la habitación iluminada ahogaron todos los ruidos. El «Coyote», arrodillado junto a su adversario, le registró los bolsillos, librándole de la incomodidad de un revólver de pequeño calibre y de una cartera. De ésta sacaron las manos del enmascarado un grueso fajo de billetes, que devolvió a los bolsillos de su dueño. La cartera y los documentos que contenía fue a parar a la levita del «Coyote». También se quedó éste con una libreta

de tapas de hule.

Antes de seguir hacia el lugar de donde procedían los gritos, el «Coyote» colocó debidamente a Smith. Levantó luego la mano y la descargó, de filo, contra el cuello del hombre, prolongando así, por no menos de diez minutos, su estado de inconsciencia.

Cuando se apartó de Smith, el «Coyote» dejó en un rincón el otro revólver y, buscando la protección de las sombras, llegó lo más cerca posible de aquella ventana y del hombre que vigilaba junto a ella.

Se abrió de pronto la puerta y salió del cuarto o cabina una mujer empujada por varios hombres. Iba gritando; pero comprendíase que no estaba entre enemigos.

Cuando ella y sus acompañantes estuvieron lo bastante lejos, el «Coyote» comenzó a actuar. Otra vez su revólver sirvió de maza y el guardián de la cabina cayó como un poste dentro de ella. Amartillando el Colt, el enmascarado saltó por encima de él al interior del aposento.

Aunque ya iba prevenido, el espectáculo de Chester Roffío, con la cara sangrante y tumefacta, no dejó de impresionarle. Más que por el espectáculo en sí, por el odioso significado.

— ¡Vaya final de cena! —comentó, mientras se cargaba sobre el hombro el inerte cuerpo.

Por si tenía que abrirse camino a tiros, apagó las lámparas y las velas y, a tientas, guiado sólo por su agudo sentido de la orientación, salió de la cabina en busca del agujero por el que había entrado. Esto no era fácil, pues hasta llegar allí había tenido que dar un rodeo bastante grande. Unos segundos de inmovilidad le permitieron orientarse, llegando recto a la salida. Esta era demasiado angosta para que dos cuerpos cupieran a la vez por ella, y el «Coyote» depositó su carga en el suelo, se deslizó hasta la calle y metiendo la mano alcanzó a Roffío, arrastrándole tras él. —Creo que, por ahora, no te echan al río —le dijo en voz baja.

Al pensar en el hombre a quien había dejado dentro, le asaltó un remordimiento. Aquel espía, aun desconocido para él, no debía de estar relacionado con los que habían tratado tan bestialmente a Roffío. Era lógico suponer que si era encontrado en el interior del almacén pagaría con creces las culpas del «Coyote».

—Aguárdame aquí, sentadito —dijo al desmayado Roffío,

apoyándolo de espaldas contra el muro—. Procuraré volver en seguida.

Metióse otra vez en el tinglado, dirigiéndose hacia donde dejara a Smith.

—Soy un idiota preocupándome por él —se dijo.

Apenas acababa de decirse estas palabras oyó el rodar de un coche sobre las losas de piedra de la calle y, en seguida, se abrió la puerta y René entró de nuevo en el tinglado con sus ayudantes.

—¿Qué ocurre, Sammy? —gritó.

Su voz resonó en el almacén como en un teatro vacío. Alarmado por el silencio del centinela, René volvió a llamar:

—¡Sammy! ¡Contesta, maldito!

El «Coyote» estaba ya junto a John Smith, que seguía hundido en un sólido sueño. Levantándolo en vilo se lo cargó sobre el hombro. Sus movimientos llegaron a los oídos del mulato.

—¿Por qué has apagado las luces, Sammy? —gritó. Y en seguida, amartillando un revólver, agregó: —¿Qué haces? ¡Contesta de una vez o disparo!

El «Coyote» maldecía entre dientes la distancia que le separaba de la salida. De un momento a otro podían encenderse algunas luces. Y si no ocurría esto, y los otros empezaban a disparar a ciegas, su situación se complicaría. Cualquier bala podría herirle, y si replicaba a los disparos, revelando, con los fogonazos de su revólver, su posición, quedaría a merced de un tiro afortunado. Era mejor no disparar y huir de allí antes de que los negros y su jefe comprendieran lo que sucedía.

René no podía saber exactamente lo que estaba ocurriendo; pero, habituado a luchas como aquélla, a robos audaces en los almacenes del puerto y a reñir en la oscuridad a tiros o a cuchilladas, tenía a su favor la experiencia y el conocimiento del terreno.

—Apartaos de mí, a derecha e izquierda —ordenó a los negros que habían secuestrado a Roffío—. Y cuando yo silbe, disparad al aire.

Los fogonazos le permitirían ver sin ser visto.

El «Coyote» oyó el cuchicheo, pero no pudo captar las palabras que

pronunciaba el mulato. Pisando cuidadosamente avanzaba hacia la pared y ya notaba casi al alcance de la mano la presencia física del muro de ladrillos. En el instante en que lo tocaba con los dedos, oyó el amartillar de las pistolas y dejóse caer de rodillas. La cabeza de John Smith pegó contra la pared. El golpe resonó al mismo tiempo que las dos detonaciones. Dos fogonazos iluminaron un brevísimo instante el tinglado.

Todo ocurrió tan simultáneamente, que desde la caída de Smith hasta que René disparó su revólver no pasaron ni dos segundos. Entre tanto, Smith, a causa del golpe, recobró el conocimiento y lanzó un grito de dolor. Guiado por este grito, René disparó hacia el lugar de donde procedía y el «Coyote» notó el zumbido de la bala y su choque contra la carne de Smith, que gritó y quiso levantarse.

Un puñetazo al hígado le derribó de nuevo, muy a tiempo, pues dos balas atravesaron el espacio que había ocupado su cuerpo.

Este alarde de buena puntería alarmó al «Coyote» y le decidió a actuar más eficazmente. Con un centelleante cálculo, más instintivo que mental, presumió los movimientos del que había disparado. Tenía que haber saltado a la derecha o a la izquierda, si no se había quedado en el mismo sitio. El revólver del enmascarado trazó un corto semicírculo, punteado por tres rápidos disparos.

El segundo y el tercero se mezclaron con un grito de dolor y una maldición en francés. Más a la derecha y también más a la izquierda, relampaguearon los disparos de los negros que acompañaban a René.

Sus balas pasaron relativamente cerca del punto en que se acurrucaba el «Coyote».

—¡No le dejéis escapar! —ordenó con alterada voz René.

Los negros se acercaron. Sus pies hacían crujir la polvorienta gravilla del suelo. El «Coyote» se encontraba en la desagradable situación del que ha perdido su camino y sabe que su vida depende de hallarlo de nuevo lo antes posible. La pared junto a la cual estaba no ofrecía hueco ni salida alguna. El sentido de la orientación le había fallado, y ahora tenía que decidir si seguía hacia el fondo del tinglado o bien si se deslizaba pegado al muro, en dirección a la puerta que daba al muelle, hasta encontrar la abertura por la que había entrado. Pero, ¿y si tomaba un camino equivocado y en vez de aproximarse al agujero se alejaba de él?

—¡Cantad fuerte! —ordenó René a los negros—. Si dispara contra

vosotros le mataré.

Con agrias voces, los negros comenzaron a cantar dos canciones africanas. Lo hacían con todos sus pulmones y el «Coyote» adivinó la intención de René al dar aquella orden, que en apariencia resultaba descabellada. Las canciones de los negros resonaban dentro del almacén ahogando cualquier otro ruido. Protegido por ellas, el mulato podía aproximarse impunemente. Si disparaba contra los cantantes, el «Coyote» se exponía a caer acribillado a tiros por René.

El «Coyote» sintióse bañado por un frío sudor. Esto no le ocurría desde hacía mucho tiempo. Desde luego, nunca le pasó en situaciones fáciles.

—Tú tienes un poco de culpa de todo esto —dijo, mentalmente, a John Smith—. Tendrás que esperar aquí un momento.

Antes de alejarse, sustituyó por otros los cartuchos disparados.

Como la salida no podía estar lejos, el «Coyote» decidió encontrarla sólo y volver luego en busca de su «responsabilidad». Dio seis pasos hacia el fondo del almacén, tanteando la pared. No encontró el boquete. Como estaba seguro de no haberse desviado mucho, volvió sobre sus pasos y buscó la salida en dirección a la puerta principal del tinglado. Pasó de nuevo junto a Smith, que seguía inmóvil en el suelo, y marchó hacia el otro lado. Los negros seguían cantando a toda voz. Ahora se habían puesto de acuerdo y entonaban un himno funerario o, por lo menos, algo parecido a una canción de ese tipo.

Una ráfaga de aire húmedo anunció al «Coyote» que había encontrado la salida. Sin perder tiempo volvió sobre sus pasos. La canción de los negros ahogaba cualquier ruido de sus enemigos, pero también apagaba los producidos por él.

Cuando su mano, tendida hacia delante, tropezó con el cuerpo de Smith, los acontecimientos se precipitaron en trágico alud. Algo se movió junto al cuerpo del espía. En seguida sonó un golpe metálico y el escalofriante roce de un cuchillo al atravesar la carne. John Smith lanzó un ronco estertor y un largo suspiro que se truncó bruscamente.

El «Coyote» dejó de actuar razonadamente. Durante cuatro segundos su instinto guió su mano y sus actos. Alguien acababa de apuñalar al hombre que le condujera hasta allí. ¿El mulato?

Disparó hacia el sitio que presentía ocupado por el autor de la agresión a Smith. El fogonazo le descubrió la cara de Sammy, de quien

se había olvidado totalmente.

El negro no pudo ni lanzar un grito. La bala le alcanzó entre las cejas, matándolo fulminantemente. Antes de que el convulsivo salto que dio hacia atrás lanzara su cuerpo contra el suelo, el almacén se llenó de fogonazos, de balas y de humo de pólvora. El «Coyote», actuando como una máquina, se había tirado de bruces contra el polvo y disparaba contra los tres enemigos que, a su vez, disparaban contra él. No eligió blanco para sus tiros. No podía perder ni una décima de segundo que pudiera ser aprovechada por sus adversarios. Las balas de éstos estuvieron zumbando en torno a él, mientras su cuerpo rodaba por el suelo, huyendo de los proyectiles.

La mano derecha, extendida, disparaba el «Colt», hasta que el percursor cayó sobre el mismo cartucho que había matado a Sammy. Entonces se dio cuenta el «Coyote» de que todos habían dejado de disparar. Sólo se oía un quejido gutural, que se iba debilitando paulatinamente.

El enmascarado se incorporó. Notábase las manos y el traje cubiertos de polvo. Abrió la recámara del, revólver y fue sacando las seis cápsulas vacías. Metió en el cilindro los tres cartuchos que le quedaban, de los seis de repuesto que había llevado al salir del hotel, sin más intención que asistir a una simple cena.

Cautamente, pues no había tenido la oportunidad de comprobar si sus balas habían encontrado a sus destinatarios, el «Coyote» se acercó a Smith. Si quedaba algún enemigo con vida, se iba a ver apurado para contender con él. Lo prudente era huir, pues el hombre a quien Sammy había apuñalado debía de estar tan muerto como el propio Sammy. Sin embargo...

El «Coyote» siguió hacia donde estaba el cuerpo del seguidor de Roffío. Iba despacio, tratando de oír si los otros cargaban sus revólveres o los amartillaban. Ya no se oía al negro que había estado gimiendo. ¿Le había hecho callar la muerte? Era difícil comprobarlo. En cambio, no cabía duda alguna de que John Smith estaba muerto, clavado en el suelo por el cuchillo de Sammy.

—Lo siento de veras... —susurró el «Coyote», como si el muerto pudiera oírle—. Son gajes del oficio.

Le registró de nuevo, en busca de las balas que antes había encontrado en un bolsillito del pantalón.

—¡Qué tontería! —gruñó al encontrarlas y recordar, al mismo

tiempo, que se trataba de cartuchos del 32.

Escuchó durante un minuto por si oía algún rumor sospechoso. Al fin consiguió oír una irregular y trabajosa respiración. ¿Cansancio? ¿Agonía? ¿Miedo? No era prudente averiguarlo y por ello el enmascarado se encaminó por el boquete. Por si al pasar por él su cuerpo se veía a la escasa claridad que del exterior penetraba por el agujero, el «Coyote» se quitó la levita y haciendo un reguño con ella la colocó unos segundos frente al agujero, moviéndola suavemente, como si el bulto fuese el de su cuerpo al buscar la salida.

Pasaron apenas dos segundos y nuevamente el tinglado se llenó de cárdenos fogonazos. Era un sólo revólver el que disparaba y el «Coyote» sintió que la levita le era arrancada de la mano por la fuerza de los cinco proyectiles que la alcanzaron antes de que él, con dos de las tres balas que le quedaban, pusiese punto final a las bélicas energías de René.

Los fogonazos de los disparos de éste habían dejado ver al «Coyote» otros dos cuerpos tendidos sobre el suelo. Uno de bruces y el otro cara al techo y con los brazos en cruz.

A pesar de que estaba seguro de no tener ya más enemigos tras él, el «Coyote» salió por el agujero como el perro que salta a través de un aro. En cuanto estuvo en la calle, sobre las losas mojadas por la lluvia que volvía a caer, se incorporó y fue al sitio donde dejara a Chester Roffío.

—¡Caray!

La exclamación salió espontáneamente de sus labios sin que él hiciera nada por lanzarla. En seguida repitió, y esta vez a voluntad:

—¡Caray! ¿Dónde se habrá metido?

Porque en el sitio donde el «Coyote» le dejara, no se veía ni rastro de Chester Roffío.

CAPITULO VIII

UN VIAJERO LLEGA A NUEVA ORLEANS

Aunque en Nueva Orleans, y sobre todo en sus muelles, unos cuantos tiros en la noche no eran cosa anormal, el «Coyote» no consideró prudente quedarse allí y ser encontrado por algún curioso policía. Recogió la levita, se la puso, quitóse al antifaz y, guardando el revólver con su último cartucho, se asomó a la calle del Canal, por si veía a su protegido. La calle estaba ocupada sólo por tres policías que, revólver en mano, sin ninguna prisa, como si no quisieran estropear la fiesta, avanzaban hacia el tinglado. Las luces de los escasos faroles relucían en las charoladas viseras de sus quepis.

Buscando otro camino y, al mismo tiempo, con la vaga esperanza de encontrar a Roffío, don César tomó hacia la derecha y, por los callejones del *Vieux Carré*, se encaminó hacia el hotel. Varias voces femeninas le ofrecieron cobijo contra la lluvia. Otra le prometió repararle los desperfectos de su ropa. Un hombre que iba dando traspiés y trataba con más tenacidad que éxito de conservar inmóvil en su cabeza una gorra de oficial de la marina mercante, adaptó su paso al suyo e insistió en hacerle probar su ron y en contarle las incidencias de su último viaje desde la India, por el cabo de Buena Esperanza.

—Este caballero le atenderá mejor que yo —dijo al fin don César, empujando al marino hacia un farol, al que se abrazó el borracho, que en seguida comenzó a explicar su triste historia, sin que por esta vez su oyente tuviera nada que objetar.

En una prendería compró don César una capa en bastante buen estado, bajo la cual ocultó los desperfectos de su traje, pasando así sin despertar asombros ni comentarios ante los empleados del hotel.

Guadalupe le esperaba vestida.

—Hola —saludó, lanzando un suspiro de alivio que, de acuerdo con sus deseos, no pasó inadvertido para don César—. ¡Qué hermosa capa!

—La guardaremos como recuerdo —dijo don César, sin quitársela —. ¿No te acuestas?

—Es pronto. Además quería enseñarte el regalo que nos hizo nuestro vecino.

—Estoy un poco mojado. Iré a cambiarme de ropa.

—Bien hecho —respondió Guadalupe, siguiendo a su marido cuando éste se dirigió al cuarto vestidor anexo al dormitorio.

—¿No estás convencida de que regreso entero? —preguntó, riendo, don César—. Aguárdame en el salón.

Lupe movió negativamente la cabeza.

—No. Sé que me ocultas algo, y si estás herido prefiero saberlo.

—Te aseguro que no estoy herido.

Don César dejó sobre la mesita tocador su revólver, la cartera y el cuaderno de John Smith, Guadalupe cogió el arma y miró llena de angustia a su marido.

—¿Cinco disparos? —preguntó, haciendo girar el cilindro, en el cual sólo quedaba un cartucho.

—Y otros seis anteriores. Ha sido una noche algo agitada. Pero te juro por nuestro cariño, que yo no sabía lo que iba a ocurrir. De saberlo hubiese llevado más balas.

Se quitó la capa y Guadalupe se tuvo que tapar la boca para no lanzar un grito de horror.

—¡Estás acribillado! —exclamó, dejando que las palabras se filtrasen por entre sus dedos, a la vez que señalaba con la otra mano la perforada levita.

—Sólo fueron cinco balas, chiquilla —explicó su marido—. Además, y esto es lo importante, yo no estaba dentro de la levita cuando se desencadenaron los fuegos artificiales.

Guadalupe apartó la vista de su marido, como si los infinitos agujeros que las balas habían abierto en la levita la hiriesen.

—Ya sé que no me vas a hacer caso y que tendré que vivir hasta el fin temiendo que no vuelvas o que te traigan lleno de sangre y de heridas. Es inútil que vayamos a Méjico, a Washington o donde sea. En todas partes encuentras la oportunidad de exponer tu vida. Ya sé que al casarme contigo no podía esperar otra cosa; pero esto ya no puede seguir así. Yo no quiero continuar así, sonriendo como una inconsciente, pensando que cada paso que suena en el pasillo, en la escalera, en la calle, en el jardín, aquí o en nuestra casa, ha de significar el anuncio de que al fin has encontrado a otro que disparaba mejor que tú. ¡No volveré a salir de Los Angeles! Por lo menos allí ya no deben de quedar emociones ni peligros. Has matado a todos los que en un tiempo te pudieron matar a ti...

Don César cogió de los hombros a Guadalupe, que le volvió la espalda, furiosa contra él y contra sí misma, porque se reconocía incapaz de mantener su irritación. Porque sabía que un cuarto de hora antes había estado rogando a la Virgen de Guadalupe que protegiese la vida de su marido. Porque el gozo de verle de nuevo y fuera de peligro, a su lado, era mayor que su indignación.

—Admito que tienes razón en algo de lo que dices; pero ¿crees de veras que es culpa mía el que los peligros y las aventuras me persigan? ¿Es el imán el que atrae al hierro? ¿No será el hierro el que atrae al imán? Lo de hoy ha sido casual. Ha empezado y... tiene que terminar.

—Que lo terminen ellos.

—¿Quiénes, Lupita?

—No sé. Los otros. Los que tengan algún interés en este asunto. Voy a tirar el retrato y así nos veremos libres de su maleficio.

Guadalupe cogió su bolso y sacó el daguerrotipo, que su marido le arrancó de la mano antes de que pudiera hacer nada con él.

— ¡Cuidado! —dijo don César—. Con el tiempo estos retratos adquirirán un gran valor. Son futuros objetos de muse...

Interrumpióse. Mientras hablaba había estado mirando el retrato y en él reconoció a la mujer vestida de novia.

—Es ella —murmuró—. ¡Caramba! ¿Quién diría, viéndola tan blanca y tan llena de azahar, que es capaz de hablar como una cualquiera y patear a un hombre hasta dejarle la cara como un tomate aplastado contra el suelo?

—¿Quién es? —preguntó Guadalupe, cuya femenina curiosidad se había sobrepuesto a sus otros sentimientos.

—No la había visto nunca hasta hoy. Hace dos horas que la vi al natural. Desgreñada, gritando y maldiciendo, y jurando que a nuestro vecino del restaurante deberían ahorcarlo por ladrón, por infame y por estafador.

Clavando una burlona mirada en los ojos de su esposa, preguntó:

—¿Puedo dejar sin peligro este retrato sobre el tocador?

—No pensaba destruirlo; pero algún día me arrepentiré de no

haberlo hecho. Puedes dejarlo.

Don César dejó el daguerrotipo sobre el mármol y cogió la cartera del hombre sombra de Chester Roffío. Fue examinando los documentos y tarjetas que había en ella y al fin encontró lo más importante. Una cartulina amarillenta, impresa y manuscrita.

—Un título de agente de Pikerton, a nombre de John Smith. Sus señas coinciden con las del hombre que siguió a nuestro desconocido. ¡Pobrecito! El mundo no advertirá que hay un John Smith de menos sobre la tierra.

—¿Le mataste?

—¡Por Dios! Ya sabes que no acostumbro a hacer esas cosas con la gente honrada. John Smith lo era. Es decir, creo que lo era. Cuando me separé de él estaba... En fin, ¿para que estropear tus bellos sueños con un tétrico relato de sangre y demás?

—Me imagino lo peor —dijo Lupe.

Fue hacia el balcón. De nuevo había dejado de llover y por entre unos jirones de nubes asomaba la luna. A su espalda oía a su marido cambiando sus destrozadas y sucias ropas. Cuando se acercó a ella se había cubierto con un largo batín.

—Luna de Nueva Orleans —le susurró al oído—. Es famosa por su belleza. Muchos novelistas han hablado de ella. Dicen que se ha de contemplar en el campo, bajo un cedro cuyas ramas estén cargadas de musgo español.

—No me gusta —musitó Guadalupe—. No es una luna limpia como la nuestra. Parece hecha para que a su luz se celebren bailes salvajes y sacrificios bárbaros. Es una luna de hechicería.

—Puede que tengas razón. Y lo confirma el disgusto que tus palabras han producido a la luna. Fíjate. Se oculta de nuevo y no tardará en reanudarse la lluvia.

Del río llegó el prolongado mugido de una sirena.

—Un barco llega a Nueva Orleans —dijo don César—. Sabe Dios cuántos capítulos de novela empezarán o terminarán con la llegada de ese barco.

—Sal del vestidor —pidió Guadalupe—. Tengo que desnudarme.

Don César obedeció, llevándose con él su revólver, el retrato, la cartera y la libreta de hule.

Cuando Guadalupe entró en el dormitorio encontró a su marido enfrascado apasionadamente en la lectura del contenido de la libreta de John Smith.

—¿Es interesante? —preguntó Lupe.

—Mucho. Alguien de esta ciudad había contratado a John Smith para que siguiera los pasos de Chester Roffío, o sea, de nuestro vecino de mesa en *Antoine*. No cabe duda de que el señor Smith era un hábil sabueso. Estoy deseando ver de nuevo a Gaylord Trytell.

—¿Ver de nuevo a quién? —preguntó Guadalupe.

—A un viejo conocido nuestro. Gaylord Trytell, la mejor baraja del Mississippí y sus afluentes.

—¿Has dicho conocido nuestro? No recuerdo.

—He querido decir conocido del «Coyote» y mío. Fue hace tiempo. Algún día te contaré su historia. En una ocasión le dijo al «Coyote»: «Me hace usted un favor y quisiera pagárselo de alguna manera.» El «Coyote» le contestó: «Pierda mañana mil dólares jugando con don César. El se alegrará». Pero Trytell quería hacer algo más que dejarse ganar mil dólares por el imbécil de don César. Me llamó imbécil, te lo aseguro. El «Coyote» admitió que yo era un imbécil y le dijo: «Si alguna vez tiene usted la sartén por el mango y un pez de poca monta le suplica que no lo eche en ella, perdónelo.» ¿Sabes dónde está ahora. Trytell?

—Deseo que esté muy lejos de aquí.

—Concedido. Navega en el «Marie-Belle», rumbo a Cairo. ¿Sigues dispuesta a viajar por el Mississippí?

—No sé... No sé.

—El «Robert E. Lee» zarpará pasado mañana.

—Sin nosotros.

—Ya tengo los pasajes.

—Mentira. ¿Qué se dice en ese cuaderno? ¿Qué ha sido de Roffío?

—Desapareció del sitio en que le dejé, a pesar de que en apariencia no podía dar un paso. Es posible que a estas horas navegue río abajo, hacia el estómago de algún tiburón. Era un hombre desgraciado. Lo libré de las manos de una pandilla que no sabía si convertirlo en alfombra o en pelota.

—¿Hubo muchos tiros?

—Bastantes. Yo disparé once. Ya te lo dije.

—¿Qué dice el cuaderno?

—Te leeré algunos pasajes interesantes. El mejor es el que empieza el día en que Chester Roffío salió de Nueva Orleans.

Don César leyó una detallada descripción de cuanto había hecho Roffío desde su salida de Nueva Orleans hasta su regreso. El final, tras describir lo que había tomado como aperitivo en *Antoine*, decía:

«Después de asegurarse de que nadie le observa se ha acercado a la mesa de unos viajeros californianos y ha hablado con ellos. No puedo oír lo que hablan. Ha sacado un paquete plano, sin duda documentos o un retrato, y lo ha escondido debajo de la servilleta del caballero. Luego ha vuelto a su mesa y ha cenado ostras, pollo y filete de buey. El caballero y la dama son unos propietarios de restaurante de Los Angeles. La Posada del Rey Don Carlos III. El se llama César de Echagüe. Ella, muy guapa, se llama, como todas las mejicanas, Guadalupe. Quieren pasar por gente distinguida; pero no lo son. Chester ha encargado un helado y cinco o seis biscuits... Sospecho que pretende que esos viajeros lleven a Los Angeles o a California lo que doña A. quiere obtener. Esto podría significar que no se lo dio a G. T.»

—Curioso, ¿no? —preguntó César, cerrando la libreta y dejándola sobre la cama. Si no llego a hacerme con este cuaderno, la Policía nos hubiese mareado mucho con preguntas estúpidas y asombrosas.

Don César cogió el daguerrotipo y lo examinó de nuevo.

—No veo nada extraño. El hombre es atractivo. La mujer...

—Tiene aspecto de cosa mala —interrumpió Guadalupe, arrodillada en la cama y mirando por encima del hombro de su

marido.

—No parece recién salida de un convento —admitió y dejándola sobre la cama. Si no llegó a hacerse con de su marido como dispuesta a no dejarle escapar. Es la hembra triunfadora que se hace retratar al lado de su presa. Como ahora hacen los cazadores de osos, y como en la guerra hacían los conquistadores de una bandera, un cañón o un simple barril de whisky.

—El hombre me recuerda a alguien —observó Guadalupe.

—Son las modas. Cuando dentro de cincuenta años contemplen el retrato que nos ha hecho Salvatorre, nadie pensará que se trata de doña Guadalupe de Torres y su esposo don César de Echagüe. Dirán simplemente: «¡Qué raros vestían entonces!» O algo por el estilo.

—¡Oh! —exclamó Guadalupe—. No podemos salir pasado mañana. Me olvidaba de que tenemos que recoger los retratos de Salvatorre. Tendremos que pasar una semana más en este horrible Nueva Orleans.

—Si quieres podemos encargar que nos los envíen por correo.

—Llegarían hechos un trapo. Tendremos que quedarnos, César. No sabes cuánto siento que no puedas hablar con tu viejo amigo Trytell.

—Lo creo. Además, he leído en la pizarra de salidas y llegadas de trenes y vapores fluviales, que debido a la lluvia y la crecida del río, no saldrá ningún barco hacia el norte en un par de días, por lo menos. Claro, que siempre nos queda el recurso de hacer el viaje en ferrocarril y alcanzar al «Marie-Belle» en Memphis...

—No insistas. Ya sé que podemos salir y podemos quedarnos; pero ya que la balanza parece inclinarse a que nos quedemos... Además, creo que es lo que tú deseas, ¿no?

—Desde luego. Pefiero quedarme, y si te dije de irnos fue para que tú, por el afán de llevarme la contraria, prefirieses quedarte y te quedases más a gusto que haciéndolo en cumplimiento de mis órdenes. Este asunto se halla fuera de mis manos. Si Roffío ha muerto, ya nada sabremos, excepto si... —miró el retrato—. Excepto si averiguamos quiénes son esta dama y su reciente marido.

—¿Qué importancia puede tener un retrato para que se llegue al crimen por él? —preguntó Lupe—. ¿No será todo una fantasía? Se mata por dinero, por amor y por odio. Por un retrato no se ha matado jamás a nadie.

—Un retrato es una prueba gráfica —observó don César—. Es como un documento firmado con la imagen. Los Bádenas tienen algo que ver... con ello.

—Aquel hombre dijo que lo entregases a Alejandro Bádenas —recordó Lupe, que no había advertido la vacilación de su marido.

—No perdamos el tiempo en cábalas —don César se incorporó—. Voy a quemar la levita. No quiero tener que dar explicaciones acerca de la procedencia de las balas que la agujerearon.

Guadalupe le dejó marchar sin estar convencida de que su marido dijese la verdad. Le oyó rondar por el salón, encender unas cerillas y, a poco, notó olor a lana quemada. También notó abrirse la puerta que daba al corredor.

Don César había salido por ella, bajando al despacho de recepción.

—Necesito enviar un telegrama urgente a Memphis —dijo.

—Será imposible hasta que reparen la línea —explicó el encargado del despacho de recepción—. El río viene crecido y las aguas han arrastrado algunos postes del telégrafo.

—Tal vez por otra línea.

—Imposible, el señor Trytell quiso telegrafiar a Memphis, anunciando su llegada a Nueva Orleans, y no pudo hacerlo. Por eso sabemos que las comunicaciones están interrumpidas. El botones que fue a Telégrafos trajo la noticia. Luego el propio señor Trytell lo probó sin mejor suerte. Acaba de confirmar lo que dijo el botones. No hay línea con Memphis.

—¿Se refiere, por casualidad, al señor Gaylord Trytell? —preguntó don César.

—Sí, señor —respondió el encargado—. Vea su nombre.

Le presentó el libro registro de viajeros, señalando con el dedo el penúltimo nombre escrito.

—Sí, Gaylord Trytell, de Virginia —asintió don César.

Pero su atención estaba fija en el último nombre. La tinta aún estaba húmeda. Con letra grande y torpe, se leía:

«Alejandro Bádenas — Los Angeles — California.»

—Otro californiano —dijo, devolviendo el libro al encargado.

—Y de su misma ciudad —asintió el hombre—. Es curioso lo pequeño que resulta el mundo en estos tiempos modernos.

—Es verdad —bostezó don César—. Y para darnos cuenta de lo grande que aún resulta, tenemos que tropezar con una avería telegráfica que nos impida comunicar en unos minutos con un amigo que está a sólo doscientas o trescientas millas de nosotros. Buenas noches. Mañana no olviden enviarme les periódicos.

Mientras se dirigía hacia su cuarto, don César se dijo que ya resultaba sospechosa tanta casualidad.

—No cabe duda de que alguien quiere que yo resuelva ese asunto.

Cuando entró en el salón la levita se había quemado del todo. En el hogar de la chimenea quedaba un montón de cenizas que el viento, poco a poco, se llevaba chimenea arriba.

Apagó las luces y entró en el dormitorio. Abrió el armario y de una maleta sacó una caja de cartuchos con los cuales completó la carga del revólver. Guadalupe fingía dormir. Al cabo de un rato, también él fingió estar profundamente dormido. Pero los dos pensaban en el daguerrotipo.

La diferencia entre los pensamientos de Lupe y los de su marido limitábanse a que ella se preguntaba quién podía ser el hombre sentado junto a la novia. Don César ya lo sabía; pero el misterio seguía siendo muy denso.

CAPITULO IX

BREVE INTERMEDIO

Roffío volvió en sí muy lentamente. Como si regresara de un viaje muy largo. Desde el tejado del almacén un canalón de zinc vertía sobre su cuerpo, el agua de la lluvia.

Lanzó un ahogado quejido. Tenía la impresión de que millones de agujas se le clavaban en la cara. Se llevó a ella las manos y las apartó en seguida como si fuesen hierros candentes. ¡Qué dolor tan terrible!

Muy despacio acercó otra vez la mano a la cara. Apenas rozó el pómulo con la yema de un dedo sintió una especie de descarga eléctrica en el lugar que se había tocado.

Llovía con más intensidad y el canalón aumentó su chorro de agua.

Chester no conseguía coordinar sus ideas. Todo su cuerpo era una masa de dolores compendiados en uno solo y total. El dolor no le dejaba pensar ni razonar. Sin embargo, era necesario hacer algo. Ante todo tenía que apartarse del camino del agua porque ésta le molestaba. Para apartarse era preciso ponerse en pie.

Nunca supo cómo logró incorporarse. La pequeña parte de su cerebro que era capaz de pensar y transmitir órdenes, debió de mandar al cuerpo que se levantara y se apartase de donde caía el agua.

El cuerpo obedeció. Echó a andar hasta el centro de la calle, y una vez allí tomó hacia la derecha, en dirección al mercado francés.

Iba rígido, con la cabeza caída sobre el pecho, moviendo un pie y luego otro, como un autómata. Sus ojos, aunque abiertos, no veían nada. No tardó en dejar atrás el tinglado y el estruendo de la lucha que se desarrollaba dentro de él.

La lluvia le empapaba los cabellos y el traje. Era fría, y esto coadyuvó a que la noción de la realidad volviera a él. Empezó a recordar. Doña Adela... el mulato... los negros... los golpes... su secuestro... la cena en el *Antoine*... el retrato... ¿Dónde estaba el retrato? ¡Ah, sí! Don César...

Comenzó a ver por dónde caminaba. Dejó de cruzar los charcos y de chapotear por entre las inmundicias del mercado, turbando la cena de los perros escuálidos y sarnosos que se apartaban resignadamente, para luego volver a roer huesos remondados ya por otros perros, a buscar alguna espina o triturar un caparazón de langosta.

Se tocó otra vez la cara. Le dolía menos. Abrió un par de veces la boca y notó la lengua pegada al paladar por la sangre cuajada. Para limpiarla juntó las manos y dejó que el hueco se llenara de agua de lluvia. Con ella se enjuagó la boca. Al recobrar la lengua su elasticidad, notó que tres dientes se movían, a punto de caer. También observó que no podía respirar por la nariz, pues la tenía muy tapada, como por masas de algodón. Una de las cosas que más le sorprendió fue el no tener fuerzas para dejar de caminar.

Torció a la izquierda, desviándose del mercado por las calles del barrio viejo. De los pizarrosos tejados caían chorros de agua coincidentes en el centro del arroyo, sobre él. Sus pies, sin orden alguna, le apartaron de allí. Una mujer se acercó y le dijo algo: Como él no contestara, le acompañó unos pasos, hasta que la luz de un farol dio en la cara de Roffío. La mujer, entonces, lanzó un grito de espanto y huyó de su lado, como de un monstruo.

Fue el grito de aquella mujer el que atrajo a Maxine. Regresaba de bailar sobre las puntas de sus doloridos pies en el escenario del *Petit Theatre*. El médico se lo había prohibido; pero ella había preguntado: «¿Es malo bailar así, señor doctor?» Y el señor doctor había dicho que sí con la cabeza, agregando, mientras limpiaba sus lentes: «No vivirás mucho, Maxine, si sigues bailando así». Ella, con su vocecita de niña triste, preguntó entonces: «¿Cuántos viviré, señor doctor, si sigo bailando?» El doctor tosió sobre los lentes, los frotó con más fuerza y por fin calculó: «Un año... quizá dos. Pero ni uno más, Maxine». Entonces ella había respondido, con su voz de niña que no sabe reír: «Si no bailo, no gano dinero, señor doctor. Si no gano dinero no como. Si no como, no viviré ni una semana, señor doctor.» Y el doctor había tosido como si se atragantara. Tomó el dólar que Maxine le tendía y al marcharse lo dejó sobre la mesita de laca que era el único adorno del recibidor del piso de la joven.

Aquella noche le dolían mucho los pies. Más que nunca. Y también notaba en el pecho un dolor más fuerte que el de otras noches. Había transcurrido un año desde que el «señor doctor» le dijera que no debía seguir bailando. Había adelgazado mucho, y monsieur Honoré, el empresario del teatro, la había regañado por ello. «Maxine, ya no estás tan bonita así. Pareces un pequeño lirio. Y mis clientes, Maxine, no vienen a ver flores, sino bellas mariposas. Tienes que comer más. Tu contrato termina y yo te aprecio mucho, Maxine; pero...»

No era la comida. Maxine sabía comprar bien y barato en los puestos y tenderetes del mercado. Pero era inútil. Cada vez se parecía menos a una mariposa. Con su trajecito de blanco tul, parecía una flor blanca, un botón de nardo; pero sin aroma. Aquella noche monsieur Honoré le había dicho: «Ayer terminó tu contrato, Maxine. No pensaba prorrogarlo; pero si prometes comer más y cuidarte, puedes seguir bailando.» Maxine sabía que antes había hablado con el señor doctor, que ahora ya no le daba consejos, limitándose a acariciar sus pálidos cabellos y a decirle: «Bien, bien, Maxine. Estás muy linda».

Ella no era linda. Claro, que tampoco era fea. Era lo peor que puede ser una mujer. Ni fea ni bonita. Insignificante. Menuda,

delgada, con el cabello casi blanco de tan rubio, los ojos claros y los labios muy pálidos. Su piel, de un tono lechoso, parecía transparente.

Siempre había sido así. Tal vez en alguna época tuvo un poco más de carne sobre sus pequeños huesos. Pero ¡hacia tanto tiempo! Era la más antigua del *Petit Theatre*. A sus compañeras se las fueron llevando sus novios y sus admiradores. Maxine tuvo un novio joven y un admirador viejo. Los demás novios besaban a sus amadas. El de ella le recitaba poesías tristes que la hacían llorar, porque hablaban de novias muertas de amor esperando al amado que no volvería nunca de la guerra, porque ésta lo había devorado. Otras veces era el hombre el que moría abrazado a la sábana de tierra que cubría el último lecho de su novia. Era un hermoso amor romántico. Hasta que un día el novio poeta se enamoró de una criolla alta y gruesa y se olvidó de Maxine. El viejo admirador fue siempre muy correcto con ella. Le compraba bombones porque, según decía, era el vivo retrato de su nieta. Fue muy bueno y le prometió nombrarla heredera, pues él, a los setenta años, no podía vivir mucho tiempo. Cuando murió, en su testamento legaba toda su fortuna a su muy amada nieta Lorraine Standish. Los periódicos hablaron de aquel suceso, y comentaron que el pobre señor Standish tenía que estar muy loco para nombrar heredera suya, dos días antes de su muerte, a la nieta que falleció veinte años antes que él. Maxine comprendió el error de nombre cometido por el anciano, y siempre que podía llevaba flores al mausoleo de Abraham Standish.

Fue por aquel entonces cuando el doctor le dijo que no siguiese bailando. Ningún otro hombre la miró como si fuese una mujer. Su amiga, Arline, que vivía con ella, se fue a otro piso cuando Maxine comenzó a toser. Arline era buena; pero... Maxine comprendía, y le asaltaban deseos de llorar.

Aquella noche sentíase muy sola. Durante el baile tuvo que hacer esfuerzos enormes para levantar sobre la puntas de los pies su ligero cuerpo. Y cada vez que, impelida por la música, se erguía, notaba un dolor en el pecho... Como si le apretaran el corazón hasta dejárselo como una aceitunita negra y arrugada.

Tenía treinta y dos años, y nadie la creía mayor de veinte. Esto tampoco la hacía feliz. Una mujer no quiere representar treinta años; pero tampoco desea aparentar quince.

El grito llegó a sus oídos cuando se disponía a abrir la verja de su casa. Se volvió a tiempo de ver el rostro de Chester iluminado por el farol. Algunas veces, en el teatro, los hombres habían reñido por cualquier cosa, y Maxine sabía reconocer las huellas de una pelea.

Aquel hombre había sido golpeado por alguien muy malo.

—¡Pobrecito! —corrió hacia él—. ¿Qué le pasa, señor?

—¿Eh? ¿Qué? No...

Roffío pretendió seguir andando; pero hasta los débiles brazos de Maxine eran más fuertes que él.

—Está usted herido, señor. No puede seguir así. Venga conmigo. Llamaré al doctor.

Chester se dejó arrastrar hacia la casa. Tropezó con el umbral y luego con los primeros escalones. Sus pensamientos volvían a entremezclarse. Veía y no comprendía. Cuando Maxine le hizo tenderse en la que había sido cama de Arline, el herido lanzó un suspiro de alivio y hundióse en un sueño denso que no descansaba su cuerpo ni su espíritu.

El doctor llegó por la mañana y preguntó muchas cosas. Maxine le explicó lo que sabía, que era muy poco. El doctor movió la cabeza y consultó *Le Courrier de la Nouvelle Orleans*, que publicaba un sensacional reportaje de lo ocurrido aquella noche en un tinglado del *Vieux Carré*.

—No digas a nadie lo que has hecho, Maxine —recomendó—. Podrías causarte disgustos.

Recetó unas unturas y varias medicinas, explicando a la joven cómo debía aplicarlo. Tras mucho vacilar, acabó entregando a Maxine el periódico francés.

CAPITULO X

PERIÓDICOS

Don Patricio fue despertado como si, en vez de ser un hombre, fuese un perro sorprendido en la cama de su amo.

— ¡Mira! ¡Mira! ¡Lee esto!

Era Adela, que, después de pasar mala noche, había tenido un peor despertar. Agitaba en alto el Courrier, periódico de la buena sociedad,

y pretendía que su marido lo leyera todo en un par de segundos.

—Mira, mira, lee —repetía, señalando a la vez diversos párrafos de la información relativa al hallazgo en un tinglado del puerto de los cadáveres de un tal John Smith, de tres negros y del conocido maleante René Lefleur. Excepto John Smith, que presentaba una mortal herida de arma blanca, además de varias de bala, los otros habían muerto cosidos a balazos.

Don Patricio Bádenas leyó la detallada noticia y, por fin, preguntó a su mujer:

—¿Y qué?

Adela se tuvo que dominar para no abofetearle.

—Pero si... —se contuvo—. Es verdad que no te dije nada.

Se llevó una mano a la frente, comentando:

—¡Qué cabeza la mía! Bueno, tanto da. El traidor de John Smith no se marchó en busca de Trytell.

—¿Por qué tenía que hacerlo? Seguramente se enteró de que tú habías enviado un telegrama a Vicksburg llamando a Trytell. Esos agentes lo saben todo.

—John Smith no sabía nada; pero yo sospecho también de él. No sabía lo del telegrama y, por tanto, se quedó aquí para someternos a su chantage. Fue al tinglado y, por lo visto, tropezó con René y los chicos y se mataron entre ellos. Pero no dice nada de Roffío. Ahora yo no sé si a Roffío antes de matarse entre ellos lo echaron al río, o si pudo escapar después de la muerte de esos idiotas.

—Si me consultaras antes de hacer las cosas, quizá te pudiese ayudar a no cometer errores peligrosos —observó don Patricio.

—¡Nunca te he necesitado para nada! ¡Nunca!

—Pues, entonces, déjame dormir.

Adela soltó una violenta risa.

—No, hombre, no. Despiértate del todo, pues tienes que recibir unas visitas.

Don Patricio miró de reojo a su mujer.

—Yo nunca recibo visitas —dijo.

Adela no quiso esperar más.

—Sí, amor mío. Hoy recibirás a tu sobrino. A tu querido sobrino Alejandro Bádenas, que llegó anoche a Nueva Orleans en el «Panamá».

Don Patricio saltó de la cama y miró con ojos desorbitados a su mujer.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Adela tiró sobre la cama el periódico.

—Ahí lo tienes —dijo—. En las Notas de Sociedad. «Anoche llegó en el vapor «Panamá», y procedente de San Pedro, California, don Alejandro Bádenas, sobrino de don Patricio Bádenas, tan conocido en esta ciudad.»

—Pero... ¿Cómo no vino a verme en seguida?

—Porque llegó muy tarde, idiota. Se hospeda en el hotel. La gerencia se ha dado prisa en enviarnos aviso de que nuestro querido sobrino ha pasado muy buena noche.

—¡Es terrible! —clamó don Patricio, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Y en el mismo hotel que Trytell! Si han hablado...

—No seas idiota. ¿Cómo van a hablar si no se conocen? Hay que hacer algo. Tenemos que registrar las habitaciones de Trytell. Aunque si está enterado del valor del retrato, no lo dejará donde podamos encontrarlo. ¡Condenado sobrino! ¿A qué habrá venido? Pórtate bien con él, Patricio. Sobre todo que no sospeche nada. Tal vez al morir su padre pensó que tú le ayudarías. Si es eso... envíalo al otro extremo de los Estados Unidos.

—¿Y Trytell? Me extraña que haya venido.

—Es un caballero. Yo sé cómo hay que tratarlos. Son más fáciles de manejar que los sirvergüenzas. Iré a verle al hotel mientras tú despachas a tu sobrino.

—Lo de René es un contratiempo, ¿verdad?

Adela ya lo había olvidado.

—No. Me ahorro lo que tenía que pagarle. Y si en un par de días no

aparece Roffío, habré hecho un buen negocio. Ahora sólo falta el retrato. Me voy a vestir.

Adela empleó una hora en arreglarse. Cuando salía al vestíbulo vio a un joven de unos veinte años, que esperaba sentado en una banqueta.

—¿Eres Alejandro? —preguntó Adela yendo hacia él.

—Sí... sí, señora —replicó el otro—. Llegué anoche, y como era muy tarde, pensé que era preferible no molestarles.

— ¡Por Dios, hijo! Tú no molestas. Tengo que salir; pero tu tío te atenderá. ¿Cómo no nos escribiste anunciando tu llegada?

—Ya escribí al morir papá...

—Sí, desde luego. Recibimos tu aviso. Pero hace muy pocos días. Tres o cuatro todo lo más. ¡Ese correo...!

—Entonces, he llegado antes que mi carta.

—Eso parece. Pero no te apures. ¿Cómo estabas en Los Angeles?

—Mal. Y después de la muerte de papá, mucho peor.

—Claro, hijo, claro. Nosotros pensábamos enviarte a la Universidad. Patricio te hablará de ello. No debes perder ni un día.

—¿A mi edad ir al colegio?

—Claro. Hay que aprender para llegar a hombre. No te preocupes. Encargaré pasaje en el «Robert E. Lee», un barco que sale hacia Cairo dentro de unos días. En cuanto se arregle el río. Hasta luego, hijo. He tenido mucho gusto viéndote.

Adela salió del piso. Por la escalera dedicó unas gruesas maldiciones al muchacho que había atravesado el continente para reunirse con ella y su marido.

—¡Parientes! —bufó—. ¡Malditos sean todos los parientes del mundo!

El Hotel del Príncipe estaba cerca y Adela necesitaba caminar para desahogar un poco sus nervios.

* * *

Gaylord Trytell leyó la tarjeta que le había subido un botones.

—Dile que bajo en seguida —respondió.

Arreglóse el traje, la corbata y el fino bigote ante el espejo, y luego salió del cuarto. Vestía una larga levita color castaño, pantalón del mismo color, pero mucho más claro, y calzaba botas amarillas, de fina, flexible y reluciente piel.

Adela le esperaba en el vestíbulo.

—¡Querido Gaylord! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

—Yo no diría lo mismo, Adela.

—¿Por qué no? Hace mucho tiempo que no nos hemos visto. Cinco o seis años, desde que estuviste de permiso en Nueva Orleans, antes de que llegaran los yanquis.

—Viendo tu juventud, me parece que el tiempo no ha corrido, Adela. Para creerlo tengo que mirarme al espejo.

—¡Siempre un caballero, Gaylord! En el cumplido y en la prisa en acudir a una cita.

Gaylord arqueó una ceja. Adela se echó a reír.

—No pienses esas cosas, Gay. Estoy casada y nadie puede acusarme ni de una mala intención. Claro que fue una lástima que tú no me quisieras o... que yo fuese demasiado vieja para ti. Contigo hubiera huido a cualquier lugar del mundo. Incluso a Boston.

—Siempre oportuna... —rió Trytell—. En Boston hubiera ocurrido algo si tú llegas a instalarte allí. Puritanos hasta la medula de los huesos.

—¡Pero con los huesos a flor de piel! —exclamó Adela—. Mas, hablemos de lo que importa. ¿Te extrañó mi telegrama?

—Mucho. Me intrigó. No necesito dinero; pero cien mil dólares son siempre buenos de ganar.

Adela estaba temiendo que su plan se descubriera por sí solo, pues ahora le parecía diáfano como el agua, e inocente como un palomo. Si Gaylord conocía la importancia del retrato, no se dejaría engañar. Pero en el caso de que no hubiera dado crédito a las palabras de Roffío...

—Te necesito. Ya sabes que dejé la casa de juego y el tablado y me volví una persona decente. Durante la guerra ayudé a los amigos y ellos me perdonaron muchas cosas. Después vino la reconstrucción, los apuros, dificultades... Tuve que ayudar con mi dinero y el de Patricio a los que deseaban vender sus haciendas... En fin, lo que ya sabes. Todo el mundo lo cuenta a su manera, pero siempre es lo mismo. Las guerras no se deben perder.

—Lo tendremos en cuenta cuando hagamos otra —prometió Trytell.

—Yo no veré otra guerra. Pero, volviendo a lo que iba. He sido aceptada por la buena sociedad. Quiero dar una fiesta memorable y quiero que me ayudes. Tú manejas bien las cartas. Eres capaz de servir seis *pokers* de dadas y quedarte tú con el de ases.

—No empleo esos sistemas —advirtió secamente Trytell.

—Ya lo sé. No te ofendas. Lo que deseo es lo contrario. Quiero que pierdas cincuenta mil dólares en beneficio de mis invitados. Yo te doy el dinero y tú lo pierdes. Les gustará ganar a un famoso jugador profesional.

—¿Sólo querías verme por eso, Adela? —preguntó Gaylord.

—¿Te parece poco? Estoy dispuesta a darte cincuenta mil más a ti.

Gaylord Trytell no contestó. Durante unos momentos contempló la calle a través de los abiertos ventanales.

—¿Quién iba a decirnos anoche que hoy luciría el sol? —preguntó.

—Cualquiera que haya vivido un año en Nueva Orleans —replicó Adela—. No es ninguna novedad.

—Claro. Se conocen las costumbres del tiempo, o sea, su carácter, y todo resulta lógico y natural. Pero tú, Adela, me conoces desde hace mucho tiempo. Sabes que siempre he jugado limpio, y te asombra que no haya cambiado. ¿Creíste que era sólo cuestión de dinero?

—Cuando yo te conocí, eras un Trytell. Ahora eres Trytell. Creí que existía diferencia entre jugar por placer y jugar por necesidad.

—He sabido convertir en placer una necesidad.

Adela miró hacia la escalera. Había transcurrido demasiado tiempo,

y los muy idiotas aún no daban la señal.

—Hacer trampas... en beneficio ajeno, no es lo mismo que hacerlas en beneficio propio. Me ayudarías...

—Te he dicho que no, Adela. Lamento mucho no poder complacerte de otra manera. Saluda a don Patricio. Me dijeron que estuvo en Gettysburgh.

—Cayó prisionero; pero yo lo saqué en seguida. Soy persona importante y conviene tenerme contenta. Y por amiga, Gaylord.

—Te considero una buena amiga. Y ahora, con tu permiso, me retiraré. Otra vez procura ser más explícita en tus telegramas. Lo de vida o muerte me impresionó e intrigó. Si volvieras a emplearlo creería que te burlabas de mí.

—Adiós, Gay. ¿Puedo confiar en tu perdón?

Trytell aceptó la mano que Adela le tendía.

—Tienes todo mi perdón, hermosa. Has cambiado de ropas y de peinado; pero sigues siendo la «Salvaje» Adela, un jirón de nuestro hermoso ayer. El Sur impetuoso, alegre y despreocupado aún vive en ti. Que sea por mucho tiempo.

Adela estrechó la mano del jugador.

—Hasta la vista —dijo—. Espero que sea pronto.

—Estando ocupada con tu sobrino, no dispondrás de tiempo para nada.

—Al contrario. Le pienso enviar al Norte en el «Robert E. Lee». Quizá mi marido y yo le acompañemos. ¿Leíste su llegada en los periódicos?

—Sí. Le conceden bastante importancia.

—Después de los crímenes en serie, los Bádenas somos de lo más interesante, periodísticamente. ¿Has leído lo de anoche en el muelle?

—Sí. Parece que no hayan pasado los años ni se haya reñido una guerra. Lo mismo que en mil ochocientos sesenta. El criminal no ha sido encontrado, ni lo será nunca, ¿verdad?

—Claro que no. Y eso que todos conocemos su identidad. Es un tal

Roffío, al que apoya el alcalde, pues lo utiliza para sus trapícheos.

—¿Roffío? ¿De veras crees que ha sido él?

—¿Le conoces?

—Jugamos a las cartas en el «Marie-Belle». No me pareció capaz de matar a tanta gente.

—Las apariencias engañan. Adiós, Gay. Olvida lo que te pedí.

—¿Qué me pediste? —preguntó Gaylord.

—Nada, nada. Veo que ya lo olvidaste.

Gaylord Trytell regresó a su habitación. Se alegraba de haberse librado de Adela. Era peligrosa, y lo de hacer ganar a sus invitados era una mentira. Adela era capaz de dejarse arrancar todas las muelas antes que regalar cien mil dólares.

Al empujar la puerta de su cuarto, Gaylord se encontró frente al más inesperado de los espectáculos. Tendidos en el suelo, atados y amordazados, había dos hombres. Y de espaldas contra la pared, con los pulgares en las sisas del chaleco y dejando ver la culata bajo el sobaco, un enmascarado.

—¿El «Coyote»? —preguntó.

—¿Qué tal, Gaylord?

—Muy bien; pero si puede explicarme su presencia...

—Estos dos sujetos estaban registrando su equipaje.

—Si buscaban dinero equivocaron el escondite.

—Buscaban otra cosa. No han podido encontrarla.

—Hable más claro.

—Doña Adela habló largo y tendido para no decir nada, ¿verdad?

—Eso no tiene nada que ver. Habló de lo que creyó conveniente.

—Le ofreció algo que usted no pudo aceptar y, entretanto, sus dos sabuesos registraban el equipaje.

Trytell miró hacia donde estaban sus maletas. Varias habían sido abiertas.

—Entonces... ¿era eso lo que pretendía Adela?

—Eso es.

—Le daré... —empezó Trytell, cerrando los puños.

—No le dé nada. Lo que ha de hacer es embarcar en el «Robert F. Lee», y dejar que ella le siga. En cuanto a este par de bobos, se los regalo, Trytell. Haga con ellos lo que quiera. Adiós.

—No se marche aún. ¿Qué proyectos tiene?

—Infinitos —rió el «Coyote» —. Adiós. ¡Ah! Me olvidaba. Aquí tiene el telegrama que le envió Adela. Está muy bien redactado. Intriga. Cualquiera, en el caso de usted, hubiese venido con igual rapidez. ¿Cómo lo con siguió?

—Viajé en una locomotora desde Vicksburgh.

—Regrese en el «Robert E. Lee». Es más cómodo. Además, se dice que ese barco y el «Natchez» van a celebrar una carrera de velocidad que será muy emocionante. Yo viajaré en uno de los dos barcos.

El «Coyote» salió por una puerta lateral que daba a la escalera de servicio. Trytell no intentó seguirle. Hubiera sido como perseguir una nube de humo.

Sé encaró con los dos prisioneros que le había dejado el «Coyote».

—No me gusta que nadie meta sus manos en mis asuntos —dijo.

Se puso a pensar en la manera de librarse de aquel estorbo. En seguida la encontró.

—Un viaje a África o a China os irá bien —dijo.

Gaylord salió de nuevo, cerrando esta vez con llave, y se encaminó al muelle. El río bajaba muy lleno; pero desde hacía rato no aumentaba su caudal. Los capitanes mercantes hacían cábalas acerca del momento en que podrían reanudar sus actividades. Gaylord examinó los grupos hasta encontrar al hombre que buscaba.

—Hola, Matt —saludó, yendo hacia un hombretón de cara patibularia. Tenía un ojo vacío y los párpados habían sido cosidos

para ocultar la cavidad.

—¿Qué tal, señor Trytell? —replicó afectuosamente Matt—. ¿Me necesita para algo?

—Sí. Tengo dos paquetes para África o China.

—¿Sólo dos?

—Sólo; pero son buenos ejemplares. Muy trabajadores.

—¿Están empaquetados o hay que empaquetarlos? —preguntó Matt.

—Están a punto de entrega. Muy bien empaquetados.

—Siendo así... Me interesan, señor Trytell. El «Carolina» está a punto de zarpar hacia Shanghai y va escaso de manos. Les daré una alegría.

—Pues avísales y ven conmigo. Ya sabes cómo hacer el traslado, ¿no?

—Soy perro viejo en la faena —rió Matt—. Tengo hechos miles de envíos a China. No creo que vuelva a ver a esos paquetes en un año.

Están en mi habitación, en el Hotel del Príncipe. Toma la llave. Entra por la escalera de servicio o por donde quieras. El número de la habitación está en la llave.

Matt cogió la llave y prometió devolverla dentro de una hora: En un coche de alquiler fue a avisar al capitán del «Carolina» acerca de la inminencia de la llegada de dos tripulantes forzados para Shanghai. Luego, en el mismo coche y acompañado de dos marineros, fue. al Hotel del Príncipe.

Hora y media después, el «Carolina» zarpaba del muelle de Nueva Orleans, y, por el turbulento y crecido río se encaminaba hacia la desembocadura del Mississippí. En un calabozo, en espera de que se amansaran, iban dos hombres que se desgañitaban pidiendo auxilio y que les bajaran a tierra.

—¿Qué clase de pájaros eran? —preguntó Matt a Gaylord en el muelle.

—Urracas ladronas —contestó Gaylord.

—No le entiendo; pero supongo que trataron de estafarle y usted los envía al infierno. ¿Ha leído lo de anoche en el tinglado veintiuno? Hacía tiempo que no teníamos una matanza así. Lo más curioso es que se dice que todo fue obra de un solo hombre.

CAPITULO XI

LA DECISIÓN DE CHESTER ROFFIO

Maxine se sentía feliz siendo útil a aquel hombre. Nadie había dependido jamás de ella. Y ahora un hombre que vivía con el temor a morir inesperadamente, confiaba en ella.

—Debe dejarme, Maxine —le había dicho cuando ella volvió del teatro, y después de la primera cura de que él tuvo consciencia.

—Usted será quien me deje cuando esté en condiciones de caminar.

—Ya puedo hacerlo —contestó Roffío—. ¿Por qué se ha molestado tanto por mí? Si me encontrasen en su casa la matarían. Creerían que se lo he contado todo. No tendrían piedad de usted.

—¿De veras?

—Claro que es de veras. Usted es una buena chica. Séalo del todo y sáqueme de aquí. Traigo desgracia a quienes me ayudan. ¿Leyó lo del periódico, referente a lo ocurrido en un tinglado?

Maxine asintió.

—Pues yo estuve allí. El hombre que me salvó murió por mí. Un agente secreto menos. Hubiera sido mejor que me dejasen morir. Yo no soy bueno.

—Quizá no lo ha sido porque nunca ha probado. Cuesta un poco ser bueno.

—¿A usted le cuesta? —preguntó Roffío.

—No sé. Yo tampoco soy buena. Pero en cambio la demás gente sí lo es. El doctor, monsieur Honnoré, el empresario del teatro. El mundo está lleno de gente buena. Roffío se tocó la cara.

—¿Cree que era buena la gente que hizo esto conmigo?

Maxine tosió haciendo un gesto de dolor. Con un esfuerzo consiguió sonreír.

—Tal vez no deseaban hacerle tanto daño.

—Querían matarme. Sobre todo ella. Pero me pagará muy caro lo que hizo conmigo.

—No tenga rencores. El guardarlos en su corazón le hará sentirse desgraciado.

—Maxine. Le voy a contar mi historia. Lo que descubrí en Gettysburgh y luego en una casa. Va usted a saber por qué me han pagado durante muchos años quinientos dólares mensuales a cambio de mi silencio. Le voy a contar lo que significa el retrato.

Maxine trajo un sillón bajó y ancho y acomodóse en él como lo hubiera hecho una muñeca. —Si no quiere contar nada, yo no tengo interés en saberlo —dijo.

—Prefiero que lo sepa. Si llegaran a matarme, usted podría hacer algo. Es un secreto que vale mucho dinero. Cien mil dólares, o más. Sólo tiene que ir a California y visitar en Los Angeles a don César de Echagüe, diciéndole que va a recoger el paquete que recibió en casa *Antoine* de Nueva Orleans. El se lo dará. Vuelve usted aquí y en la Casa Pontalba visita a don Patricio Bádenas. Le dice que usted es la dueña del daguerrotipo de su boda con Adela y que si quieren pagar cien mil dólares por él está a su disposición. Ya verá como los dan.

—Pero eso estaría mal. No hay ningún retrato que valga tanto dinero.

—Ese vale tanto y mucho más. Preste atención a lo que voy a contarle. Si puede escribirlo...

—No puedo. Me canso mucho; pero si usted tiene interés en que lo recuerde... lo recordaré.

—Sí. Quiero que no lo olvide.

Roffío entornó los ojos y comenzó su relato. Largo, minucioso, con referencias de lugares y documentos. Maxine le escuchaba incrédulamente.

—No puede ser —dijo al fin—. Usted lo ha inventado.

—No hay imaginación capaz de idear una cosa así, Maxine. ¿Comprende ahora por qué me quisieron matar?

—Pero si usted dijo que el señor Trytell tenía el retrato, ahora ese caballero corre peligro.

—¿Qué me importa a mí? El es fuerte y siempre ha sabido salir adelante. Primero fue un rico hacendado de Virginia. Vivió más de veinte años como ni usted ni yo podemos imaginar. Luego vino la guerra. Yo fui soldado y estuve comido de piojos y alimentado de harina de maíz y serrín. El comió bien y siempre fue limpio. Cuando terminó la guerra ha seguido viviendo como un caballero. Yo, en cambio, he tenido que mendigar...

—No hable así, señor Chester —pidió Maxine—. En la vida no todos podemos ser iguales. Unos han de estar arriba y otros abajo.

—Eso es injusto.

—No. Es como en las escaleras. Existe el primer escalón, el último y los intermedios. Todos son importantes, porque todos cumplen su misión.

—Yo quisiera ser el de arriba.

—¿Por qué? El de abajo aguanta más peso. Es el más fuerte, y como en él empieza la escalera, debe sentirse más orgulloso. Sólo él puede ser siempre el primero. El último, en cambio, puede serlo cualquiera. Hacia arriba siempre se pueden agregar escalones. Hacia abajo no.

—Usted no es feliz, Maxine. Usted desea muchas cosas y no las tiene. ¿Considera justo que sea así?

—Yo tengo mis hermosos sueños. Vivo muchas vidas elegidas por mí, a mi gusto, a mi antojo.

—Las fantasías no pueden competir con la realidad. Hay que luchar y vencer aunque sea a mordiscos, a patadas. Como han hecho conmigo.

—Yo soy una mujer nada más. No puedo juzgar cuál ha sido mi vida.

—Dura. No hay más que verla para comprenderlo.

Maxine se mordió los labios. Las palabras de Roffío la habían herido. Pero se rehizo y sonrió. Chester se dio cuenta de lo que había hecho y aquella sonrisa le hizo más daño del que sus palabras pudieron haber causado a la joven. Esta siguió:

—A veces he sufrido. Pero muchas más veces he sido feliz. Conocí a un hombre muy bueno y que me quiso como a su nieta. Y llegó a creer tanto que yo era la nieta que había muerto veinte años antes, que antes de morir aquel hombre me nombró su heredera; pero se olvidó de que yo no era su nieta, y dictó el nombre que me daba, no el mío. No heredé nada; pero, ¿debo estar disgustada? El deseaba favorecerme. Si está en condiciones de darse cuenta de su error involuntario sufrirá mucho. Yo no quisiera sufrir tanto. A pesar de todo, cuando pienso en él soy dichosa. Era muy espiritual. Me decía que en la vida los ratos buenos abundan más que los malos.

—No sé.

—Sí. Yo sufro mucho a veces. Me cuesta bailar, y el corazón me duele dentro de todo el pecho. No le tengo miedo a la muerte; pero no la deseo. A veces he pensado que morir será reposar. Pero también pienso que mientras viva formaré parte de un mundo dichoso, lleno de alegría y de entusiasmo.

—Maxine, no quiero quitarle sus bellas ideas.

—No podría. A veces he leído que el mundo es malo, que la vida es mala, que los seres humanos son malos. Inconscientes, diría yo. Malos a sabiendas no lo son ni pueden serlo. Cuando se sale a la calle y se abren los ojos y los oídos, se oye reír y cantar. Se ven caras alegres. Cuando por ser un día triste, dedicado a los muertos, la gente no ríe ni se demuestra alegre, en seguida lo notamos.

—¿Qué haría en mi lugar? ¿Perdonar? Si quiere lo haré. Usted me ha salvado la vida y tiene derecho a pedir lo que yo pueda darle.

—Perdonar y castigar son cosas que no corresponden a nuestras limitaciones. Lo único que se puede hacer es obrar justamente. El retrato pertenece a Alejandro Bádenas. Déselo a él.

—¿Usted lo haría así, Maxine?

—Sí —respondió, con naturalidad, la joven.

—Alejandro Bádenas está en Nueva Orleans. Lo dice el periódico. Y si don César también está... Haga lo que quiera, Maxine.

—De momento le cambiaré la cura. Eso es lo más importante.

Se inclinó sobre Roffío y sus finas y hábiles manecitas, hechas para acentuar los compases del baile, fueron retirando las gasas, algodones y compresas. El cuadro que ofrecía aquel deforme rostro era terrible; Maxine lo curó sonriendo, y su sonrisa fue más eficaz que las medicinas.

A la mañana siguiente, el Courrier trajo una importante noticia en las notas de sociedad:

Los señores de Bádenas marchaban en el «Robert E. Lee» con su sobrino en dirección a San Luis.

Roffío pidió a Maxine:

—Tenemos que embarcar en ese buque. Tengo dinero. Ayúdeme.

—Le ayudaré —prometió Maxine.

Aquella misma mañana salió de su casa y dirigióse al Hotel del Príncipe.

—Quiero hablar con el señor Trytell —pidió.

Gaylord la recibió en su cuarto, cuando terminaba de arreglar su equipaje.

—¿En qué puedo servirla, señorita? —preguntó, mirando curiosamente a la muchacha.

—Yo quería hablar con usted acerca de Chester Roffío.

—¿Está vivo? —preguntó, suspicazmente, Trytell.

Maxine asintió.

—Me contó lo que usted hizo por él. Y deseaba prevenirle que anteayer por la noche le obligaron a decir una mentira. Está deshecho a golpes. No le conocería.

—¿Me complicó en algo? —preguntó Trytell.

—Sí, señor. Dijo que usted tenía un retrato.

—¿A quién interesa ese retrato?

—A la señora de Bádenas.

—Entendido. Eso buscaba.

Miró nuevamente a la joven.

—¿Quién es usted?

—Me llaman Maxine.

—¿Sólo?

—¿Qué mas da?

—Como quiera, Maxine. ¿A qué se dedica, aparte de avisar a los que estamos en peligro?

—Soy danzarina en el *Theatre*.

—Se suicida lentamente. ¿Por qué no lo deja?

—¿Por qué no deja usted el juego, señor?

—¿Yo? —Trytell sonrió suavemente—. Es verdad. También el juego es malo; pero no para la salud. Quisiera hablar con usted. Me interesa. Es distinta. ¿Qué edad tiene?

—Treinta y dos años.

—¿De veras?

—Ya sé que no los represento.

—No. Representa muchos menos. Me recuerda a alguien a quien conocí muy íntimamente.

Maxine interrogó con una sonrisa y Trytell explicó:

—A mí mismo; pero su valor es más admirable, porque usted es una mujer.

Maxine vaciló entre sonreír o permanecer seria. Hizo las dos cosas.

El jugador siguió:

—Gracias por su interés. Mañana por la mañana embarco en el «Robert E. Lee». Adquirí dos departamentos de primera clase. Uno en un extremo del barco y otro en el opuesto. ¿Quiere aceptar uno?

Maxine fijó su mirada en el jugador. Este pidió, nerviosamente:

—No me mire así, Maxine.

La joven siguió mirándole.

Trytell se acercó a ella. Maxine permaneció inmóvil, con los azules ojos abiertos de par en par.

—Sé que no debiera de hacer esto contigo, Maxine —murmuró Trytell—. Pero deseo hacerlo aunque luego me odies y yo me insulte.

Inclinándose más, rodeó con los brazos el delgado cuerpo de la joven y la besó suavemente en los labios, como si temiera destruir su fragilidad.

—Perdóname, Maxine —pidió luego, irguiéndose.

—¡Oh, no, señor Trytell! —protestó, sofocada, la danzarina—. Ha sido usted muy bueno. Me ha hecho mucho bien. Gracias.

Su voz de muñeca, su cuerpo de figurita y sus rítmicos movimientos quedaron ante los ojos de Trytell mucho rato después de haberse marchado Maxine. Cuando la figura comenzó a borrarse, nació en el corazón de Gaylord Trytell un deseo cada vez más potente de volver a ver a aquella extraña mujercita que no se parecía a ninguna de las que había conocido en su azarosa vida.

FIN